



EL RAYO DE ANDALUCÍA

Y

GUAYO FRANCISCO ESTEBAN.



EL RAYO DE ANDALUCÍA

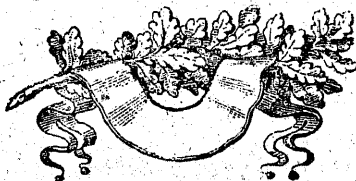
V

GUAPÓ FRANCISCO ESTÉBAN.

Drama en cuatro actos y en verso.

POR

Don Francisco Sanchez del Arco.



CADIZ.

IMPRENTA, LIBRERIA Y LITOGRAFIA DE LA REVISTA MEDICA,

á cargo de D. Juan B. de Gaona,

PLAZA DE LA CONSTITUCION, NÚMERO 11.

1848.



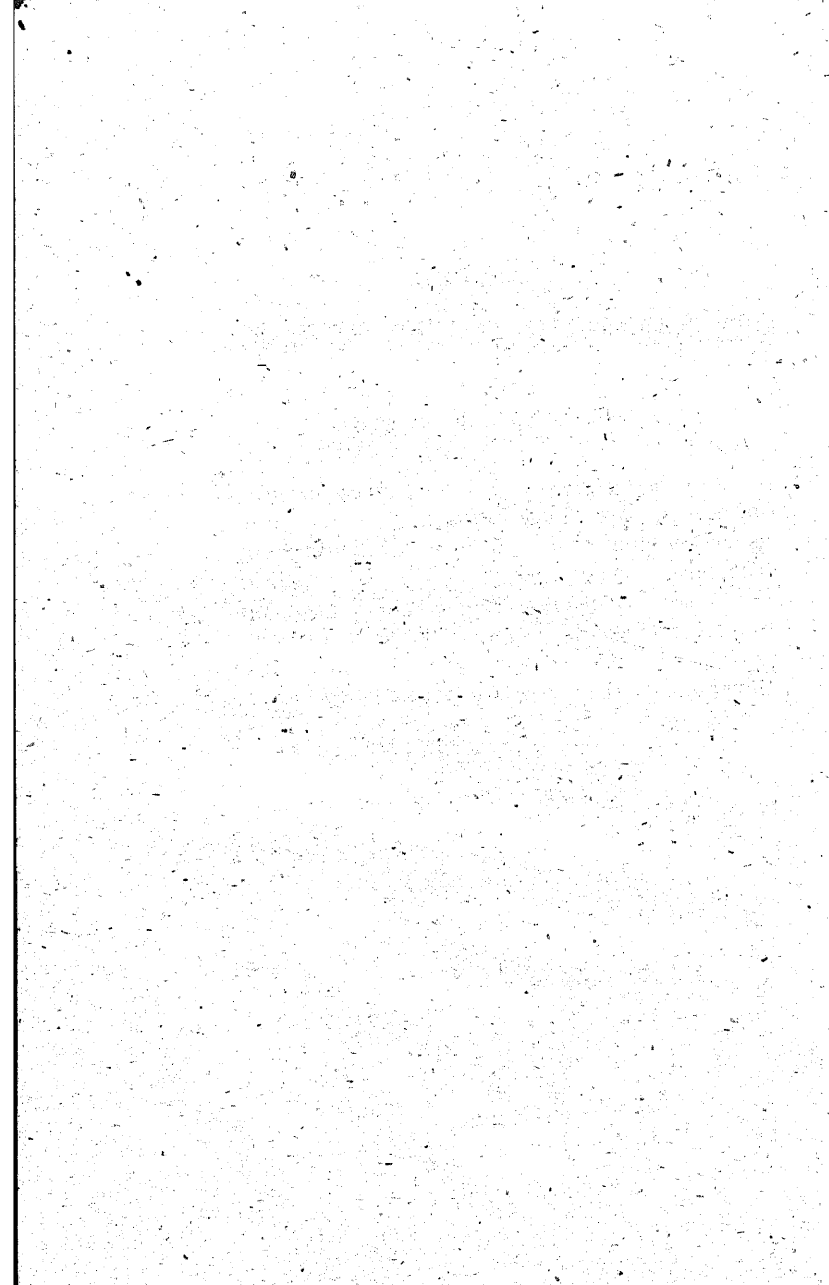
Esta obra es propiedad
de sus editores.

Los corresponsales de la imprenta, librería
y litografía de la Revista Médica son los auto-
rizados para cobrar el derecho de propiedad.

Al Señor
DON FRANCISCO FLORES ARENAS.

De poco mérito es la obra que le consagro, pues está escrita sobre la que con el título de Las tres justicias en una compuso el inmortal Calderon, y sobre varios romances populares. Pero lo poco de la ofrenda será realzado con el nombre de V., á quien los gaditanos somos deudores de la afición literaria que supo despertar entre nosotros en tiempos mas calamitosos para la literatura que los presentes.

B. S. M.
FRANCISCO SANCHEZ DEL ARCO.



PERSONAJES.

DOÑA CLARA.

DOÑA ROSA.

JUANA.

TERESA.

FRANCISCO ESTÉBAN.

JUAN ROMERO.

DON ANTONIO VALDIVIESO.

DON ANSELMO ESTÉBAN.

EL ASISTENTE DE SERVIDA.

DON LUIS.

DON DIMAS.

UN FRANCÉS.

FR. AMBROSIO, FRANCISCANO.

UN ALCALDE.

EL ALCAIDE DE LA CÁRCEL.

UN ALGUACIL.

PERRENGUE.

CANINO,

UN ESCRIBANO.

UN CAPITAN.

UN PORTERO.

UN CRIADO.

CALABOCERO 1.º

CALABOCERO 2.º

Alguaciles, soldados, un capitan, frailes, hermanos de la caridad, pueblo, el ejecutor de justicia.

NOTA.

Siguiendo el ejemplo de Castillo, que en materia de composiciones del carácter andaluz es un modelo digno de imitarse, he escrito mis anteriores comedias del mismo género con las menos variaciones posibles en la ortografía, dejando al cuidado de los actores el modo de pronunciar las palabras. Hago esta advertencia en el presente drama para que la recuerden los actores que desempeñen el papel de Francisco Estéban, y los de Romero, Perrengue y Canino.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa un olivar cerca de un arrecife. A la izquierda una choza. Algunos ladrones están sentados en derredor de uno que está tocando una guitarra. Otros lo estarán en bancos de corcho á la puerta de la choza: en este grupo está Romero.

ESCENA I.

JUAN ROMERO, PERRENGUE, CANINO, y ladrones.

CANTA El ladron para ser bueno (*Un ladron.*)
tres cosas ha menester;
valor, saber y franqueza,
y déjele usted correr.

UN LAD. Bien, saloni!

OTRO. Viva el estilo!

EL QUE CANTÓ. | Muchas gracias, caballeros.

CAN. No viene Estéban?

PER. Ya tarda.

ROM. No hay que apurarse por eso,
pues donde llegue á colarse
él saldrá con gran salero.

CAN. Es verdá; mas tantas veces
va el cántaro, que me pienso...

ROM. Mal pensado! Mira tú
que la de ayer... resaleró!
jará joyo en toas partes!...

CAN. Hombre!...

ROM. Ni en jamás la oyeron

los vivos, ni la escucharon
en este mundo, los muertos.
Pues cuéntala.

CAN.

ROM.

CAN.

Qué!

Ya sabes

que ayer estuve en mi pueblo
y no me pude enterar.

ROM.

Vaya, contaré el suceso.
Sabes que en Écija hay
un Corregidor mas serio
de carácter, que los mengues
de los profundos infiernos,
y que a Estéban le formaba
yo no sé cuantos procesos,
que por el menor de todos
lo ahorcarían sin remedio.
Pues fué á verlo: entró en su casa,
cerró la puerta con tiento,
y el Corregidor le dijo:—
«Quién es usted, caballero?»—
«Soy Estéban, dijo Estéban,
ese leon que es tan fiero:
para que usted me conozca
en su casa me presento.»—
Quiso enviar dos criados
á la calle, y dijo:—«Quietos!»—
y el Corregidor al punto
replicó:—«Servirle puedo?»—
Y Estéban le respondió:—
«A lo que arrestado vengo,
es á pedir que se quemen
de mi causa, los procesos.»—
«Pues Francisco,» le repuso,
«es ese solo tu empeño?
Míralos que en tu presencia
los consume en llama el fuego.»—
Y los tiró en el instante
en la mitad del brasero.
Quedóse Estéban de pie,
esperando á que el incendio
se acabase: echó un cigarro,
y despues dando canguelo
le puso la mano al hombro
y le dijo:—«Mozo bueno,

me las toco... Si hace usted
en mi contra un aspaviento,
vuelvo atrás, y la tajada
mas grande que de su cuerpo
le queda, ni aun para oblea
servir podrá en el correo.»
Volvio la espalda, y se vino
campando por su respeto.

UN LAD. Es lance!

ROM.

Pues no ha de ser!

UNO DEL

OTRO GRUPO. { Echa una copla, Tremendo.

CANTA.

Amigos, da la franqueza
buena ocasion al saber,
y el valor hace que pueda
el ladron siempre vencer.

Se oye un silbido.

ROM.

Ya lo tenemos aquí.
Su silbido, compañeros!

ESCENA II.

Dichos y ESTEBAN á caballo.

FRAN.

Arribal... gente al camino,

Todos se levantan.

que ya suena la collera...

Tú, Perrengue, y tú, Canino,
ponerse tras de aquel pino,
mientras Romero va afuera.

Salen los primeros y se colocan en lo alto y despues
Romero con cuatro mas.

ROM.

-Andando!

FRAN.

Só... Receloso! (*Apeándose.*)

UN LAD.

Cómo suda este animal!

FRAN.

Es verdá que está sudoso...

Arrendándolo en un árbol.

Una hora no cabal (*Ruido de colleras.*)
ha echado desde el Pedroso.

ESCENA III.

Dichos, menos ROMERO y bandoleros.

ROM. *dent.* Alto!

MAYORAL. Sólo... sujeta alante.

Toma, Corso... Sólo... Gallardo!

FRAN. Quién los para?

PER. El Estudiante...

ROM. *dent.* Todos á tierra al instante.

FRAN. Anda tú, dí que aquí aguardo. (*A un ladrón.*)

PER. Del coche sale una niña...

FRAN. Buena cara?

PER. Es como un cielo!...

Se ha desmayado del susto...

Y un viejo detrás...

FRAN. Un viejo?

PER. El bato será sin duda...

FRAN. ¡Pues no es el lance primero
en que he temblado en mi vida!
Qué es esto, ¿turro, qué es esto?)

ESCENA IV.

Dichos: D. ANTONIO VALDIVIESO, anciano: D.^a ROSITA, su hija desmayada: JUANA, criada: ROMERO, y varios ladrones.

ANT. Matadme si se os antoja,
que yo la muerte prefiero,
antes que ver á mi hija
en el lance en que la veo!
Qué queréis? Alhajas, oro?
Tomad, tomad, que prometo
enviarles, si no bastan,
cuanto en el mundo poseo.
Pero librad á mi hija
de todo daño...

FRAN. Silencio!
En ese banco sentadla.
(Qué imagen!)

La ponen en uno de los bancos en frente de la choza,
sostenida por su padre y por Juana.

- ROS. Dónde me veo? (*Volviendo en sí.*)
 ANT. Hija mía!
 ROS. Entre ladrones!...
 Ay, Juana! Padre!
 FRAN. Al respeto
 ninguno le faltará;
 que aunque ladrones, sabemos
 tratar aquí con la gente...
 (Qué me sucede?)
 ANT. Yo apelo
 á su piedad.
 FRAN. No hay cuidado.
 que todo lo arreglarémos.—
 Una talla de agua trae, (*A un ladron.*)
 y beba, cacho de cielo! (*A Rosa.*)
 JUAN. Señorita... (*Tomando la talla y dandosela.*)
 ROS. Dáme, Juana, (*Bebe.*)
 que al oírle toda tiemblo!...
 FRAN. Siéntese usted. (*A D. Antonio.*)
 ANT. (Dios me valga.) (*Se sienta.*)
 FRAN. Al camino, caballeros, (*A los ladrones.*)
 pues llegará la partida
 que me avisaron del pueblo.
 ROS. Estoy temblando! (*A D. Antonio ap.*)
 ANT. Sosiega... (*Idem.*)
 ROM. Buena presa hemos hecho!
 Esta es gente de jandeles,
 Estéban.
 FRAN. Ponte en el cerro
 y guarda el pico; que hoy
 quiero saber qué hombres semos!
 ROM. En el aire! (*Vase.*)

ESCENA V.

FRANCISCO, D. ANTONIO, ROSA y JUANA.

- FRAN. Estamos solos.
 (¿Por qué motivo secreto
 ni aun dirigir la palabra
 á esta familia me atrevo?)
 A dónde va usted, señor,
 por este camino?

ANT. ¡Ay cielos!...

FRAN. Nada tema, ni esa niña,
que si soy un bandolero,
tengo en ciertas ocasiones
cosas que no lo parezco.

ANT. Qué á dónde voy? A Sevilla.

FRAN. A Sevilla?

ANT. Y le prometo
pagar á usted con usura
la piedad de este momento.
Pues quién es usted?

FRAN. Me nombro

ANT. don Antonio Valdivieso.
He estado en Madrid, y ahora
de oidor á Sevilla vuelvo,
en donde le doy palabra,
si algun fracaso le ha puesto
en tal vida, de salvarle,
un indulto consiguiendo.
Lo conseguiré, aunque tenga
que ir hasta el trono escelso.

FRAN. Su palabra tomaria,
pero en mi vida no espero
que me perdonen jamas.
Por tres veces, cuando menos,
mi cabeza pregonada
ha sido por los dineros.
No tengo nadie en el mundo
que mire, sino yo mesmo,
por mí, que todos me tiran :
que á la postre un bandolero
no le jurga quien le teme,
que el que no, le da pa el pelo.
Asina yo que me he echado
el alma atrás, arremeto
por todo como una fiera,
ó cual caballo sin freno.
Si me han de matar, me digo,
¿á qué he tener respeto?

ANT. No tanto usted desconfie
de su suerte, y porque pienso
cúmplir lo que le he ofrecido,
saber de su boca quiero,
cómo se llama, quién es,

y los motivos que hicieron
que saliese usted al camino
en la vida que le encuentro.

FRAN. Aunque, señor don Antonio,
no aguarde nada de bueno,
voy a contarle la historia
de mi vida: esté usted atento.
Francisco Estéban me llamo,
y arrogante considero
que mi solo nombre basta
para ver que todo es cierto.
En la ciudad de Lucena
yo nací, y mis padres fueron
don Anselmo y doña Clara
de Rosales.

ANT. (Santos cie[los]!)

FRAN. ¡Así fuera como ha sido
ilustre mi nacimiento
y mi sangre!

ANT. Yo lo juro,
que amigos fuimos un tiempo
sus padres de usted y yo.
Con que así, con doble empeño
por usted haré cuanto pueda.

FRAN. Antes, señor, considero
que por mí no hará usted nada,
porque amigo de usted siendo
mi padre, y él a quien tienen
muy abroncados mis yerros,
mi mal vivir y mis cosas,
es claro como un lucero,
que al verlo me da el cambiazo...

Aunque si le abro mi pecho
y largo quina, pudiera
disculparme, que él comienzo
ha sido de mis desdichas.

ANT. Decid, que quiero saberlo

ROS. Ya poco a poco, cobrando, (A Juana.)

Juana, voy algún aliento!

FRAN. Mi padre... ¡Dios me perdone!
desde sus años primeros,
según después he sabido,
no cameló el casamiento;
pero por ser mayorazgo

y por tener heredero,
con mi madre, que era moza,
tomó estado siendo viejo.
Mi madre se arrepintió
pues no podía quererlo;
pero como á las mujeres
les entra siempre el canguelo,
y apandan la boca cuando
debieran largar el trueno;
se casó sin voluntad

ANT.

porque sus padres lo hicieron.
Válgame el cielo!... (Qué amargos
son para mí estos recuerdos!)

FRAN.

El con poca inclinacion,
y ella sin ningun afecto,
calcule usted en un principio
de qué humores fui compuesto.
Mi padre nunca me quiso,
crióme sin ningun maestro,
siendo el mocito del barrio
largando golpes en seco;
entre gitanos bravios
metido siempre, y corriendo
desbocado entre mujeres,
el vino, bailes y el juego.
Al cabo de muchos dias,
cuando no tenia remedio,
cayó en mi mala enseñanza,
y sin sentido ni tiempo
quiso enderezar el árbol,
que dejó creciese tuerto...
Es verdad.

ANT.

FRAN.

Yo bien quisiera
darle gusto, mas no puedo,
y vivimos de mi madre
siendo un cuchillo de acero...
¡Cuando lo pienso, me saltan
lágrimas de sentimiento!

ANT.

FRAN.

Llora usted?
Pues qué ¿un ladron
no ha de tener en su pecho
un lado en que estén las lágrimas
guardadas?

ANT.

(Cuánto padezco!)

Ros. Padre!

Hija!

Ros. Yo tambien lloro,
que al oirle me conmuevo,
y sin saber por qué causa
en su suerte me intereso...

FRAN. Un dia hallé unos amigos
de Sevilla, y con aliento
fuimos á feria á Mairena,
donde una noche siguiendo
los pasos de mi fortuna,
con una mujer tropiezo
y un chicuelo de la mano
que me dijo: «Caballero,
señalándome hácia un hombre,
ese me viene siguiendo
para matarme: ¡por Dios
sálveme usted de este aprieto!»
Díjale á él:—Eh, fantasma,
tenga usted mas miramiento,
y con las pobres mujeres
no se ensañe: estése quieto!
Mas él me avanzó de golpe
diciendo:—qué le va en ello?—
Y yo con un trabucazo
le di la respuesta, á tiempo
que la mujer por delante
se puso, la paz pidiendo,
y hombre, mujer y muchacho
del tiro quedaron muertos.
Desde entónces, al camino
sali, conmigo trayendo
una partida, que tiene
asombrado á todo el reino.
Esta es mi vida: tan solo
sin duca estoy, cuando veo
de noche á mi madrecita
y en su casa á hablarla entro.
Mi mádre! Si alguna vez
disfrazado á verla he vuelto...
dándome ha sido una llave,
con que abro tan en silencio
que mi padre no me siente
y al dia al monte me vuelvo.

Ros. (Infeliz!)

ANT. Muy desgraciado
sin duda es usted y lo siento
en el alma. (Sale Romero.)

ROM. Capitán! (Habla con Francisco.)

FRAN. Qué quieres?

ROM. Palabra...

ANT. Tiemblo, (A Rosa.)
hija mia, por la suerte
que aguarda á este bandolero.
Si yo pudiera salvarle!...

Ros. Sí, padre, debe usted hacerlo,
que en toda mi vida vi
tan amables los defectos!

FRAN. Vamos á ver...

ANT. Qué sucede?

FRAN. Ná ni cosa: pero presto
sa menester que se larguen
de este sitio: iré con ellos
hasta dejarlos afuera
y en salvo de todo riesgo.

ANT. Vamos...

Ros. Vamos!

ANT. Dáme el brazo.

FRAN. Andando.

ANT. Te doy de nuevo
mi palabra, de alcanzante
un indulto.

FRAN. Yo lo acepto.

ANT. Solo te pido una prenda,
por si alguna vez me encuentro
en situacion de buscarte,
pase libre mi correo...

FRAN. Pues tome usted mi cuchillo,
y que venga sin recelo
quien consigo lo trajere.

ANT. Cuchillo me das?

FRAN. Qué puedo
dar yo, que no sea un arma
de muerte?...

ANT. Venga, que intento
poder embotar sus filos.

FRAN. Tomadlo. Ay! (Hiriendose al dárselo.)

ANT. Qué ha sido eso?

FRAN. Que sin saber cómo, al darlo
me jerí la mano, y tengo
al verlo en la suya ahora
yo no sé qué sentimiento...

ANT. Son ilusiones.

FRAN. Serán,
y por eso las desprecio.
Vamos por aquí...

Cogiendo las riendas del caballo.—Mirando á Rosa
dice aparte.

(¡Qué cosas
me asaltan al pensamiento!)
ROS. ¡Ay Juana, cuántas ideas (Ap. á Juana.)
que pensar conmigo llevo!
ANT. (Qué confusiones, Dios santo!)
ROM. Estéban, que aquí te espero.

ESCENA VI.

ROMERO, D. DIMAS, *comisionado de apremios*: FR. AM-
BROSIO, *franciscano*: un FRANCÉS, PERRENGUE y otros
cuatro ladrones.

PER. Por aquí, por aquí...

ROM. Sí, en este llano,
Donde no los verá ningún cristiano.

DIM. Jesús, por compasión!

ROM. En el instante
Dí quién eres...

DIM. Señor, soy apremiante.

ROM. Apremiante? no entiendo...

DIM. Soy del gremio

Que en comision de apremio,
Por grandes y pequeñas poblaciones,
De la hacienda real hueste precisa,
A los pobres dejamos sin camisa
Y á los ricos dejamos sin calzones...

ROM. Buen oficio, gaché...

DIM. Mi ingenio aguzo
Buscándome la vida honradamente.

ROM. No calculais quién es? Es un lechuzo.

PER. Un lechuzo!

- ROM. Es usted?
- DIM. Pues! cabalmente...
- ROM. Y ladron me dirás?
- DIM. No, compañero,
Porque entre usted y yo, cero por cero.
- ROM. Te burlas?
- DIM. No señor.
- ROM. Menos palique,
O le va una mascá que no la dique.
- DIM. Però...
- ROM. En el aire venga
La ropa y el dinero y cuanto tenga...
- DIM. Es el caso, que está la bolsa mia
De dinero ¡oh dolor! mas que vacia...
Por tanto quiero entrar á hacer servicio
A su lado, señor, que en el oficio,
Si progresos no haré por lo valiente,
Los haré por no ser en él novicio.
No se rian ustedes, caballeros...
Un esclavo tendrán que humildemente
La cuenta llevará de los dineros
Con toda exactitud y ciencia suma,
Salvo error de omision, de suma ó pluma.
- ROM. Con que á lo visto, ¿á usted le importa un pito
Ser de nosotros?
- DIM. Qué! lo solicito!
Venga, venga un trabuco,
Y verán como robo á este frailuco.
- ROM. Ocurrencia es baril!... Ya que de broma
Nos pillas á los seis, el arma toma.
- DIM. Al momento.
- ROM. Verémos
Si mereces que en lista te contemos.
- DIM. A ver, conchudo padre!
Antes que la cabeza le taladre
Haciéndole un cariño á la escopeta,
Ábrame muy ligero la maleta.
- F. AMB. Abierta ya la tiene.
- PER. Qué tal, Romero, el nene?
- ROM. Que nos puede ayudar en un empeño.
- F. AMB. Si quiere, yo le enseño
Cuanto traigo: no es nada, una futeza...
- DIM. Yo quiero escudriñar pieza por pieza.
Aparte el padre nuestro,

Que en registrar lo ajeno soy maestro.

F. AMB. (El Seráfico Padre aquí me valga;
A quien si quiere que del susto salga,
Le ofrezco en penitencia un setenario
De ayunos y de azotes y rosario!...

DIM. ¡Mirad qué de cositas
Que de Dios nada son, el santo Borja
Por penitencia atroz lleva en la alforja!

F. AMB. Ay ánimas benditas!

DIM. Qué tal? medias caladas....

F. AMB. Son de una hermana...

DIM. Yal... ligas bordadas...

F. AMB. Son de la misma...

DIM. Bien, doce zapatos...

F. AMB. Para la misma... los hallé baratos...

ROM. ¿Y por baratos ser, de cuántas marcas
Como tus ojos ven, buen fraile abarcas?
Pues, ó la hermana tiene doce piseses,
O los zapatos son de seis hermanas.

F. AMB. Como guste, señor...

ROM. Y los parneses?

F. AMB. No tengo nada.

DIM. No? Tracamandanas!

No ha de tener el padre algun ahorrilla?

ROM. O lo suelta, ó le doy con el cuchillo.

DIM. Pero ya lo topé.

Sacándole un bolsillo de la capucha y dándolo á
Romero.

F. AMB. Trance de acíbar!

ROM. Una docena de color de almíbar!

PER. Doce jaras!

F. AMB. Gran Dios!

DIM. Par por hermana.

No se pueden quejar, la cuenta es llana!
Llevaba á cada hermana sus dos onzas.

F. AMB. Por piedad!... (A Romero.)

ROM. Qué piedad? Pues si te ronzas

Por junto á mí pidiéndome el dinero,
He de abrirte en la panza un agujero!...

Y en nada me repliques

Ni te vengas con llantos y paliques,

Que te debes juzgar por muy contento

En que puedas contar todo este cuento.

F. AMB. Por Dios lo llevaré, que mas dolores
Por nosotros sufrió, los pecadores.

ROM. Deja ya al fraile.
Vamos á ver.... (Al francés.)

so mala facha,
quién es usté?
¿De dónde diablos
salió su mel,
con esa estampa
de gallo inglés?
¿De qué nacion
eres, gaché?

FRANC. Par Dieu, monsieur,
je suis fransé...

ROM. Francés! maldito...

FRANC. Mí no antender...

ROM. Mira, al momento
larga el parné.

FRANC. Muá no comprende.

ROM. Que aqui el loben
largues, ó al punto
te doy mulé.

FRANC. Muá no comprende.

ROM. Pues comprender
te haré de un tiro.

FRANC. Pardon!...

ROM. Pardiez!

dinero ó vida...

FRANC. Quanto tener: (Dando un bolsillo.)
toma que entiendo...

ROM. Dos, cuatro, diez...

¿Cinco parpallas
me das, chusqué?

FRANC. No tener mas.

ROM. Pues dime ¿á qué
vienes á España
sin andorren?

FRANC. Vengo á amolar...

ROM. Tunante, el qué?

FRANC. Cutós, tijeras,
d'a empavone
navacas finas
de rasuré.

Dá la puñála

y sé tré bien
en un instante
la amolarré.
No tienes tia?
Tia!

ROM.

FRANC.

ROM.

FRANC.

ROM.

Chipé.
Sipé... nó antiendo...
Llévale pues,
tus cinco motas,
y dile que
los de esta tierra
suelen tener
con ser ladrones,
lacha y aquel.

FRANC.

Vuelve el dinero?
ladron no ser. (*Suena un tiro.*)

CAN.

Qué es esto?

ROM.

Ha sonado un tiro?

F. AMB.

(Si mis onzas, santos cielos,
volveré á recuperarlas!)

DIM.

(¿Si no bien tomé un empleo,
me lo vendrán á quitar?)

ROM.

Anda tú: desde aquel cerro (*A Perrenque*)
mira si acaso la gente
ha tenido algun encuentro.

F. AMB.

(Permita Dios y la Virgen,
y todo el celeste ejército,
que no se escapen con vida,
y menos con mi dinero!)

DIM.

Padre, lo pasado aquí (*Ap. al fraile.*)
fué por librar mi pellejo,
que la caridad, consigo
ha de ensayarse primero.
Por lo demás, Dios lo sabe,
que soy honrado en extremo,
y que jamás mi conducta
tuvo tacha.

F. AMB.

(Ya lo entiendo!...)

Lo que usted pretende ahora
es disculpar lo que ha hecho
conmigo. Pues no hay tu tial...

PER.

No es nada! (*Desde lo alto.*)

F. AMB.

No?

PER.

A lo que observo,

un militar que no quiso
rendirse, y nos hizo fuego...
(Respiro!)

DIM.
F. AMB.
PER.

(Oh Dios!)

Y lo traen (*Bajando.*)

mas humilde que un carnero.

DIM.

No hay tu tia?

Bajo al fraile que le contesta lo mismo.

F. AMB.

Calle usted,
y mas dinero le ofrezco,
que le mandaré de fijo
en cuanto llegue al convento.

ESCENA VII.

*Dichos, CANINO y seis ladrones que conducen á D. LUIS,
capitan.*

CAN.

Alante...

LUIS.

Dónde me llevan?

CAN.

Donde despacio ajustemos
cierta cuentecilla larga.

LUIS.

No porque me falte aliento
habeis podido conmigo,
cuadrilla de bandoleros...

CAN.

Usté verá si cortamos
del golpe tantos galleos!
Quieto aquí!...—Este militar, (*A Romero.*)
de un tiro ha herido al Tremendo,
por no quererse rendir
cuando le salió al encuentro.

LADRS.

Muera!

ROM.

No: dejarlo estar
pa judicar con su cuerpo,
que empues, si nos parece,
de un tiro lo mataremos.

CAN.

Bien pensado!

LUIS.

Unos cobardes
son ustedes... y perversos!...
¿Si pensarán que me arredran

¿a mi tales aspavientos?
No temo la muerte, no;
antes bien morir prefiero,
¿a la mengua de' pediros
la vida!

ROM. Pues caballero,
váyase usté muy despacio
que como dice el proverbio,
cuando se azota, se calla,
y esto es ser un hombre cuerdo.

LUIS. Infame ladrón... ¡me das
lecciones! yo te desprecio,
y te escupo... (*Escupe á Romero á la cara.*)

PER. Le ha escupido?...

LUIS. En la cara...

ROM. Dí, qué has hecho?

CAN. Matarlo!

LADRONES. Muera!

ROM. Apartarse.

LUIS. Tirame.

ROM. Sí! (*Apuntándole.*)

ESCENA VIII.

Dichos y FRANCISCO ESTEBAN.

FRAN. ¡Jé! Romero... (*Desde el foro.*)

ROM. abaja ya esa escopeta.
Estéban!

FRAN. Quietó un momento... (*Bajando.*)

F. AMB. (Francisco Estéban! Dios mío!
no tengo sangre en el cuerpo!)

FRANC. Quién ser ese? (*A Dimas.*)

DIM. El capitán.

FRANC. Qué capitán! un bolierro!

ROM. Tú no sabes...

FRAN. Sí, ya sé
que hace poco hirió al Tremendo.

ROM. No es eso: que má escupió
aquí en la cara ahora mesmo.

FRAN. Te ha escupido? vaya un casol



limpiate con el pañuelo,
que la saliva de un loco
no mancha un rostro moreno...
Loco yo!...

LUIS.

ROM.

FRAN.

ROM.

FRAN.

LUIS.

FRAN.

LUIS.

FRAN.

Pero Francisco...

Señor Juan!...

Ya me contengo.

Hablaba usted? (A Luis.)

No soy loco...

Venga esa mano, salero...

Yo dar la mano?...

Y apriesa: (Tomándosela.)

apriete...

LUIS.

FRAN.

Ay! (Cayendo arrodillado.)

Hasta el suelo

de rodillas cae el valiente?

Compadre, en los sitios estos

el mas fuerte es el que manda.

Ahora yo mas que usted puedo,

con que debe someterse

si es que tiene usted talento.

LUIS.

FRAN.

Pero si yo...

¿Qué diria,

si despues de estar yo preso

y en la cárcel ó en la horca

echase fuertes reniegos,

y escupiera á todo el mundo

y rabiase como un perro?

Que era un cobarde sin duda,

ó que era un loco... no es esto?

Pues lo mismo usted. Allí yo

al mas fuerte me sujeto,

y aqui debe usted rendirse

á mi que en fuerza le escedo.

CAN.

PER.

LUIS.

Lo ha achantado!

Y con sentencias!

(Vive Dios, que me avergüenzo
de escuchar sus reflexiones!)

DIM.

F. AMB.

FRAN.

Discurre con mucho acierto!

Quién diria que un ladron!...

Y en despues, porque pretendo

hacerle ver que hay ladrones

que saben ser caballeros,

voy á darle libertad.

LUIS. Gracias!
ROM. Estéban!..

Rumor entre los ladrones.

FRAN. Silencio! (*Todos callan.*)

LUIS. Conozco que fui imprudente...

FRAN. Que lo conozca me alegro,
y tambien que se ha vengado
de este modo un bandolero.

LUIS. Un amigo en mí tendrá
para siempre!...

FRAN. Lo agradezco. (*Vase Luis.*)
Ustedes... (*Al francés y al fraile.*)

F. AMB. Ahora nosotros... (*Al francés.*)

FRAN. Najencia!

F. AMB. Señor!...

DIM. (Me quedo...)

Desde lo alto del cerrito, dice:

CAN. En el olivar va entrando
la tropa de ayer...

FRAN. La espero.—
Largo he dicho! (*Al francés y al fraile.*)

CAN. Nos han visto!...

F. AMB. No quieren ustedes esto? (*Señalando.*)

FRAN. No señor.

F. AMB. Pues muchas gracias!

Ya que perdi mi dinero,
recojamos estos dijes,
porque al fin, del lobo un pelo...
Vámonos, francés.

FRANG. Alon. (*Vanse los dos.*)

FRAN. Todo el mundo ya en su puesto!

Se distribuyen por la escena.

DIM. (Yo me arrimaré al que venza,
y entre tanto aquí me meto.)

Entra en la choza. Suena un clarín.

FRAN. Ea valientes! como siempre,
nuestro poder demostraremos!

ESCENA IX.

Dichos, un CAPITAN y varios soldados.

CAP. Aquí están! á ellos, soldados!
Adelante fuego!

FRAN. Fuego!

Se trababa una batalla entre ambas fuerzas y se dispersan oyéndose el fuego dentro.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Sala decentemente amueblada en casa de don Anselmo: ventana al frente: puertas laterales: mesa con espejo.

ESCENA I.

DOÑA CLARA y ROSITA.

CLAR. Dichosa yo que tan bella
huésped en mi casa tengo!

ROS. La dicha, señora, es mía,
pues cuando á Sevilla llego
de Madrid, puedo decir
que aquí he encontrado mi centro.

CLAR. Se ha descansado?

ROS. Muy poco
por el calor: un momento
quise en la cama acostarme
y no dormí. ¡Es tan molesto
un viaje! Y luego el susto...

CLAR. Susto? cuál? Hubo algun riesgo?

ROS. Y muy grande.

CLAR. Cómo así?

ROS. Salimos ayer de un pueblo
aquí cercano á Sevilla,
y vimos al poco tiempo
varios hombres á caballo
que de un olivar salieron.
Eran ladrones... nos paran...
del coche bajarnos luego
nos mandaron, y consigo

Doña Clara da muestras de hallarse agitada.

- en el monte nos metieron.
Me desmayé... ¡Virgen santa!
CLAR. Si lo creo!...
- Ros. Qué... no pienso
pasar un susto mayor!...
Cuando vuelvo en mí, me encuentro
con mi padre y Juana al lado
y otro bandolero nuevo...
joven... atentó... ¡Qué lástima
que sea!... Pero, qué es esto?
llora usted?
- CLAR. Lloro de oír
contar tan tristes sucesos,
que me conmueven el alma...
Mas, siga usted.
- Ros. No, no quiero
angustiarla, doña Clara.
- CLAR. No me angustia usted por eso.
Y habló su padre de usted
á ese ladrón tan atento?
- Ros. Sí señora, largo rato;
y la vida cuando menos
de él recibió, que á no ser
por el tal, le hubieran muerto.
- CLAR. (Mal haya!... que no vengó
la ingratitud de un perverso!
Con qué placer!... Mas qué digo?)
Ay de mí! Jesús!
- Ros. Qué es esto?
- CLAR. Loca estoy!... perdone usted...
Tantos pesares padezco,
tan profundos... tan crueles,
que me pongo por momentos
fuera de mí!... No se espante
usted de tales estremos...
que es hijo mío ese joven!...
- Ros. Hijo de usted!
- CLAR. Si por cierto:
hijo mío por desgracia...
pues nos tienen sus excesos
á él sin ventura, á su padre
sin amor, y á mí sin seso!

ROS. Aunque nos dijo quien era,
yo no pude comprenderlo
con la turbacion.

CLAR. Ay Dios!
no estrañe usted el tormento
que sufro aqui.

ROS. No lo estraño,
cuando yo tambien padezco.

ESCENA II.

Dichas y DON ANSELMO.

ANS. Pedirte la enhorabuena *(Entrando.)*
por nuestra ventura puedo,
querida Clara.

CLAR. Mi esposo. *(A Rosa.)*

ROS. Tan anciano? *(A Clara.)*

CLAR. Si, es mas viejo! *(A Rosa.)*

No has reparado siquiera
en esta jóven, mi Anselmo?

ANS. Es hija de don Antonio?

CLAR. La misma.

ANS. Guárdela el cielo,
que es hermosa, como pocas...

ROS. Favor que usted...

ANS. No por cierto,
que ya á mi edad no se adula.

ROS. Pues, señor, se lo agradezco.

ANS. Enenantes no la vide,
porque al salir al encuentro
de ustedes, tomé otra calle
que la que hácia acá trajeron,
y no los pude encontrar.
Despues al volver, tropiezo
en la puerta con su padre
de usted, que al reconocernos
nos abrazamos de gozo.
Siempre igual!... no pasa el tiempo
por él... bien que sin pesares...
Y además, yo soy mas viejo.
CLAR. Pero en fin, la enhorabuena
que al entrar dijiste?...

ANS.

Cierto.

Han de saber que es amigo
don Antonio, y muy estrecho
del Asistente: este está
autorizado al efecto
por el rey, para que indulte
á los bandidos del reino,
según convenga al mejor
servicio...

ROS.

Cuánto me alegro!

Así se podrá á su hijo
sacar de ese mal sendero,
en que con llanto de ustedes
por su desgracia está puesto...
Usted sabe?...

ANS.

CLAR.

Se lo he dicho...

ROS.

Y lo conozco.

ANS.

No entiendo...

CLAR.

Al camino les salió,
acompañándolos luego
hasta dejarlos en salvo.

ROS.

Sí, señor: y yo prometo
conseguirle su perdón,
aunque supiera...

ANS.

Silencio,

que ya están los dos aquí.

CLAR.

Ay Virgen madre! ¡Te ofrezco
una vida penitente,
como su perdón logremos!

ROS.

La Virgen la oirá.

ANS.

Ya entran.

ESCENA III.

Dichos, el ASISTENTE y D. ANTONIO.

ASIST.

No dirá usted, Valdivieso,
que no le dejo en su casa.

ANT.

Con el alma lo agradezco.

ASIST.

No me lo agradezca usted,
porque á ofrecer mis respetos
á su hija de usted tan solo

- ANT. he venido de tan lejos.
ASIST. Pues mírela usted allí.
ROS. Señorita!
ROS. Caballero!
ASIST. Se ha descansado?
ROS. Un ratito...
Y de ver á usted me alegro,
porque á importunarle voy.
ASIST. Importunar? ni por pienso.
Diga usted...
ANT. Pero Rosita...
ROS. Con ardor le recomiendo
lo que le pida este anciano.
ASIST. Pues diga....
ROS. Vámos, sin miedo. — (*A Anselmo.*)
Dispense usted, en estas cosas
sí abuso: no me avergüenzo...
ASIST. Qué abusar? tan linda jóven
nunca abusa...
ANT. Estoy perplejo,
confuso: Rosita...
ROS. Vámos (*A Anselmo.*)
ó habla usted, ó voy yo á hacerlo.
ANS. Don Anselmo Estéban soy...
ASIST. Del ladron famoso, padre?
ANS. El mismo, y esta, su madre!
ASIST. Absorto del caso estoy!
ANS. Ha de saber que mi hijo
por meterse á defender
á una indefensa mujer,
hizo... ¡en decirlo me aflijo!...
tres muertes: una reñida
y las otras dos casuales...
dando principio á los males,
señor, de toda su vida.
El es un hombre alentado
y con fama de valiente,
y al verse de mucha gente
por todas partes cercado
á otro mató; en caso igual,
la ley le disculpa, pues
aun entre los brutos, es
la defensa natural.
Vióse libre, y en efeto

de Mairena se fugó;
mas si con esto ofendió
de las leyes el respeto,
juzgo que delito fuera
mayor si no lo estimara
y de ellas no se guardara
y delincuente no huyera.
Así que logró la huida
y en salvo se contempló,
de foragidos juntó
al instante una partida;
é insolente... lo confieso...
fiero, atrevido, arrojado,
la comarca ha consternado
con toda clase de esceso..
Pero en ninguno hasta el dia,
en ninguno por mi suerte
ha dado á nadie la muerte
con infame alevosia.
Por esto, y porque, señor,
las partes en mi defensa
han perdonado la ofensa
movidas de mi dolor;
á suplicarle de nuevo
llenos los ojos de llanto
y el corazon de quebranto
un indulto aquí me atrevo:
y si los ruegos de un padre
no merecen un perdon,
conmuevan su corazon
los suspiros de una madre,
que es esta que á vuestras plantas
en lágrimas inundada
llega, el alma atravesada
de tantas penas y tantas.
Levántense...

ASIST.

ROS.

Y yo tambien
hago mia la demanda..

ASIST.

Quién con tanto no se ablanda?

ANT.

La vida le debo...

ASIST.

Bien...

ANT.

Y por merced sin igual
su perdon recibiria,
que apartarlo así podria

de la senda criminal.
Cuando al camino salió
y sin conocerme pudo
muerto dejarme ó desnudo,
sus desgracias me contó;
y es hombre que mas se ceba
por ciega fatalidad
que no por perversidad
en esa vida que lleva.

Así, amigo, considero,
y con sobrada razon,
que si merced á un perdon
se sáca de bandolero,
ha de ser muy ejemplar
en su modo de vivir.
A mas, que debo cumplir
la palabra de alcanzar
su indulto que le empeñé;
cuando, sin que él entendiera
que á sus padres conociera
sus desdichas escuché.

ASIST. Basta, don Antonio, ya;
que si no falto al respeto
de las leyes, le prometo
que á Estéban se indultará.

CLAR. Y cuándo?... Que pronto sea
por las lágrimas que vierto...
Su madre soy yo, y de cierto
muero como no le vea
sin peligro entre mis brazos.
¿No comprende usted el dolor
con que esa duda, señor,
el pecho me hará pedazos?

ASIST. Lo comprendo ciertamente;
mas debe mi rectitud
ver esta solicitud
antes de ser indulgente.
Descuide usted: Si en conciencia,
y á mi deber sin faltar,
yo puedo conciliar
la justicia y la indulgencia,
por él cuanto pueda haré.

Ros.

ASIST.

Hágalo usted.

Sí, Rosita:

por usted se necesita
cerrar los ojos á fe.
Venga usted conmigo, anciano,
que por complacerle, al punto
sin levantar del asunto
en esta noche la mano,
si es hacedero, ha de ver
que el indulto le concedo:
venga usted, porque si puedo
con él habrá de volver.

ROS. Este favor que ha otorgado
no lo olvidaré jamás.

ANT. Un hijo, señor...

ASIST. No mas:

de todo estoy informado.

ANT. Me alegro ver el dolor (A Anselmo.)
con que le encuentro: tenia
noticias que le debia
el hijo muy poco amor.

ANS. A muchos, señor, parece
que es mi pecho tan cruel,
mas lo que no hago por él
es porque no lo merece...
Por sus muchas travesuras
estoy de todos mal visto,
por sus delitos mal quisto
y pobre por sus locuras.

CLAR. Callate... (Bajo á Anselmo.)

ASIST. Vamos.

ANS. Si, vamos.

ASIST. Adios. (A Antonio.)

ANT. Adios!...

ASIST. Que consiga (A Rosa.)

descansar de su fatiga.

ROS. Gracias.—Cuidado...

ASIST. Ya estamos.

ANS. Alumbra.

ASIST. No es menester. (Vase con D. Ans.)

ROS. Papá, á mi cuarto me voy.

Doña Clara, adios! Le doy
mi enhorabuena.

CLAR. Hasta ver...

ROS. Como cierto: perdonado.

ANS. No se debe ni aun du...

CLAR. Yo no sé con qué pagar...
ROS. Qué pagar?... (*Vase por la izquierda.*)
ANT. Ya se ha marchado.

ESCENA VI.

DOÑA CLARA y DON ANTONIO.

ANT. Adónde se marcha usted?

CLAR. Importa á usted?

ANT. Sabe el cielo
cuánto deseaba hallar
esta ocasión.

CLAR. ¿A qué objeto,
si usted no habrá de tener
conmigo segundo intento?

ANT. Debo decir á usted cuanto
hallarla con pena siento,
si bien podrá responderme
que no lo estrañe, supuesto
que con ellas la dejé.

CLAR. Ni una palabra le entiendo.
Usted á mí con penas? cuándo,
ó cómo?... no... no me acuerdo...
ni pienso haberle en la vida
visto nunca...

ANT. Ay Clara!...

(*Va á tomarle una mano.*)

CLAR. Quieto.

Si alguna memoria acaso
confusamente le ha hecho
equivocarse conmigo,
pues la sepulta el silencio,
el silencio la consume...
y al cabo de tanto tiempo
olvidese usted de todo,
pues yo de nada me acuerdo...

ANT. Oh Clara! cómo te vengas
después de tantos tormentos!

CLAR. Ignoro por qué lo diga.

ANT. Yo sí...

CLAR. Pues no hablemos de ello.

ANT. Yo me doy por advertido:
si he de seguir sus preceptos
¿cómo lo he de hacer?

CLAR. Callando.
ANT. Callar? y cómo?
CLAR. Sufriendo.
ANT. Sufrir?
CLAR. Aprended de mí.
ANT. Aprender!
CLAR. Este es el medio.
(Yendo á la puerta.)

ANT. Cuál?
CLAR. Teresa! (Llamando.)
ANT. Qué?
TER. Señora! (Saliendo.)
CLAR. Alumbra á este caballero
hasta su cuarto: lo entiendes?
Esto, señor Valdivieso,
es quitar las ocasiones.

ANT. No es, sino añadir tormentos! (Vase.)

ESCENA V.

DOÑA CLARA, despues ROSA y JUANA .

(Se oye el toque de ánimas á lo lejos.)

CLAR. Las ánimas!... Quieran ellas
hacer que traiga mi Anselmo
el perdon para Francisco...
Voy á rezar... Pasos siento...
Ah, Rosita!...

ROS. Qué calor!
A esta habitacion me vuelvo,
que en abriendo las ventanas
podré tener algun fresco!

CLAR. Es agradable esta pieza
en verano y en invierno.
Vaya! abriré los cristales.
Qué hermosa-noche! La deja
por un-rato. (Hice intencion
de rezar, y debo hacerlo

à solas.) (Vase.)
ROS. Juana, vé y cierra.
JUAN. Cerrado está.
ROS. Solo anhelo
(Sentándose junto al tocador.)
la soledad. ¡Ay respiro!
JUAN. Son raros tantos estremos...
ROS. Pues tú no sabes?...
JUAN. Sí, sé
que no son los bandoleros
tan fieros como los pintan..
ROS. No digas, Juana...

(Siguen hablando en tanto que entra Francisco. Estéban por la ventana, Romero se queda fuera.)

ESCENA VI.

ROSA, JUANA, FRANCISCO, ESTÉBAN y ROMERO.

FRAN. Qué veo!
¿Cómo encuentro tan lujoso
este cuarto?
ROM. Errado habemos
sin duda alguna la casa.
FRAN. Pues escama voy teniendo.
Estar la puerta cerrada
con el cerrojo por dentro,
y aluego este cuarto así...
ROM. Para el macho.
FRAN. Qué, Romero?
ROM. No guipas allí una hembra?
FRAN. Y si no me engaño, creo
que es la moza del camino...
ROS. Tan en la memoria tengo (A Juana.)
su voz, su rostro y su talle,
que á dónde quiera que vuelvo
la vista, allí me parece
que está... Mas ¡válgame el cielo!
El es!... (Viendo á Francisco.)
JUAN. Jesus!
FRAN. No se asusten...
JUAN. Me va á dar algo de miedo.

Grito?
Ros. No.
JUAN. Por Dios!...
FRAN. Ustedes
se habrán quedado en suspenso
con verme entrar de esta moda...
Ros. No es el caso para menos.
FRAN. Hijo soy yo de esta casa,
y a ver á mi madre vengo
de oculto, como le dije,
en el olivar...
Ros. Me acuerdo...
FRAN. Hallé la puerta cerrada,
y quise lograr mi intento
por la ventana saltando...
Pero lo que no comprendo
es verla á usted por aquí..
Me quiere explicar, salero?...
Ros. Estamos aquí parando.
que es amigo don Anselmo
y su esposa, de mi padre...
FRAN. La verdad, mucho me alegro .
Mas si incomodo, me largo...
Ros. No incomoda...
FRAN. Pues me quedo .
JUAN. Qué hace usted?
Ros. Cállate, Juana,
que ignoro lo que en mi pecho
está pasando á estas horas.
FRAN. Te vas?
ROM. En la esquina espero:
no quiero que aquí me atrapen
como raton en el queso. (*Vase por la ventana.*)

ESCENA VII.

FRANCISCO, DOÑA ROSA y JUANA.

FRAN. Señorita, esta ocasion .
es la fija, es como mia...
Ros. Por qué?
FRAN. Ya... porque un ladron
debe entrar por un balcon

para robar su alegría.

Ros. No entiendo...

FRAN. He empezado á hablar,

y le hablaré del estado
á que he venido á parar,
pues por salirla á robar
yo sí que quedé robado.
Cuando en el bosque la vi
desmayada y tan hermosa,
en el corazón sentí
como en jamás, una cosa
que hasta el sentido perdí.
Y desde entonces no sé
lo que en el mundo me pasa,
pues he venido á esta casa
muerto, como el lobo aquí
que una bala lo traspasa.
Fui muerto en el olivar
por los tiros de esos ojos
que dan lumbre hasta matar,
á quien no llegó á pensar
de una mujer ser despojos.
Es la verdad, sin jactancia,
perla que quita el sentido,
era no haber aun nacido
quien venciera mi arrogancia,
y usted ya lo ha conseguido.
Pero yo...

Ros.

FRAN.

Quizás se asombre.

Yo sé que á mi no me abona
la fama que á mi persona
da el mundo, que no por hombre,
sí por fiera me pregona;
mas todo el mundo mentir
se ha visto en esta ocasión.
¿Quizá porque sea ladrón,
para mis penas sentir
no he de tener corazón?
¿No he visto yo en los breñales
que hasta las fieras bravías
dan de amor claras señales?
¿Se niega á las penas mías
lo que no á los animales?
No espero... porque á la postre,

lucero, asina es mi vida,
que á este querer complacida
se llame, y del mundo arrostre
tanta lengua maldecida;
pero sepa usted que yo
la quiero, flor de primores,
con fatigas y sudores,
y que ninguno la amó,
ninguno con mas dolores.
Esto me basta, pues ya
que mis ducas no la muevan,
sepa á lo menos que está
á sus pies como un chavá
el guapo Francisco Estéban.

Ros. Mucho agradezco su amor
que lo debo agradecer:
al cabo toda mujer
sea cual fuere su amador,
le halaga verse querer.
Pero usted mismo comprende
que aunque quisiera...

FRAN. Comprendo
que lo que aquí estoy diciendo
sin duda alguna le ofende...

Ros. No digo yo...

FRAN. Si... lo entiendo
sin que lo hablara siquiera;
que aunque estoy de esta manera
sé quién soy. (Con sentimiento.)

Ros. No he dicho tal.

FRAN. Si en el mundo á un criminal
se mira como á una fiera....
se le burla, se le trata
como á un lobo carnívero...
Compasion! la de la rata,
que el que la pilla la mata,
es la ley del bandolero!

Ros. (Lástima es fuerza que tenga!)

FRAN. Y mire usted lo que es,
aun cuando el ladrón despues
en cuanto puede se venga,
yo tiemblo al verme á sus pies...
Yo que jamás le he temido
á ninguna alma viviente,

por mas que sea algo valiente,
pierdo mi fuerza y sentido
teniéndola á usted presente.

Y hasta llego á desear
por agradarla, y tambien
porque me llegase á amar,
poder mi vida dejar
y meterme á hombre de bien...
Buen deseo!

ROS.

FRAN.

Y se lo juro

por estas cruces, señora...

ROS.

Puede serlo. ¿Usted ignora
que su indulto es ya seguro?

FRAN.

Mi indulto?

ROS.

Su padre ahora

fué por él. El Asistente

de Sevilla lo ofreció

aquí: mi padre le habló

y el de usted... y yo presente...

FRAN.

Usted tambien se empeñó?

ROS.

Tambien hablé...

FRAN.

¿Quién pudiera

pagarle esta gran merced?

JUAN.

Gente viene...

FRAN.

Me voy fuera...

JUAN.

Creo que es su madre de usted...

FRAN.

Me quedo: que aquí me espera.

ROS.

(Vénte, Juana, que aúngse llevo
libre el alma al parecer,
la he dejado aquí prender.) (Vanse.)

FRAN.

(Válgame Dios! no me atrevo
lo que me pasa á creer.)

ESCENA VIII.

FRANCISCO y D.^a CLARA.

FRAN.

Madre!

CLAR.

Tú aquí?

FRAN.

La esperaba.

CLAR.

Tan bien venido, hijo, seas,
como has sido de tus padres
deseado.

FRAN.

Ay madre!

(La abraza.)

CLAR. Estrecha
tus brazos, que solo yo
de contemplarte se alegra.
FRAN. (Eh, se acabó!

Sacando el pañuelo y enjugándose los ojos.

Si no sirvo
para andar con estas fiestas!
CLAR. Y esta noche tengo, hijo,
que darte una buena nueva.
FRAN. Mi indulto? lo sé.
CLAR. Por dónde?
FRAN. Porque calculé que fuera...
He estado hablando á un sugeto
de campanilla y colleras
y mucha mano en Sevilla
y hasta en Madrid... (Que no sepa
que por ella lo he sabido
porque puede que se ofenda...)
CLAR. Te diré: no hay todavía
razon fija hasta que vuelva
tu padre.

ESCENA IX.

Dichos, y D. ANSELMO.

ANS. Clara! Francisco!
nuestra ventura es completa!
El Asistente me ha dado
tu indulto. (*Dando un papel á Francisco.*)
CLAR. Bendito sea!
FRAN. Gracias á Dios! (*Leyéndolo.*)
CLAR. Hijo mio,
otra vez mi pecho estrecha,
que esta ventura tan grande
no sé si debo creerla.
FRAN. Pues ni yo, madre del alma,
me atrevo á creerla apenas.
ANS. ¿Y para tu padre, hijo,
no hay un abrazo siquiera?
FRAN. Sí, señor, con mil amores...
ANS. He alborotado la Audiencia,
dando á todos mis amigos

del perdon la grata nueva.

ESCENA X.

Dichos y TERESA.

TER. Dónde está? ¡Con qué alegría
vengo á darle la primera
mi parabien!

FRAN. Lo agradezco.

CLAR. Todos de verte se alegran;
pero mas que todos, yo...

ANS. Ante todo, ver es fuerza
á don Antonio, y las gracias
darle por tantas finezas.

CLAR. En su cuarto está ahora mismo...

ANS. Lléguense ustedes.

TER. Aprieta.

Vamos? *(A Clara.)*

CLAR. Sí, Teresa, vamos. *(Vanse.)*

ESCENA XI.

D. ANSELMO y FRANCISCO.

ANS. Y entre tanto que no llegan,
voy á pedirte, hijo mio;
que á lo que te digo atiendas.

FRAN. *(Sermon tenemos! dejarlo,
su intencion es la mas buena!)*

ANS. Ya puedes ver el estado
en que estamos: nuestra hacienda,
que es lo de menos, está
toda empeñada y deshecha.
El que dieran tu perdon
las partes, mucho me cuesta...
Sabe Dios que por poder
hacerlo, y cumplir la deuda,
poco menos he quedado
que á pedir de puerta en puerta...
En fin, hijo, tu estás hoy

por la eficaz diligencia
de un amigo perdonado...
Lo que rogarte quisiera
con lágrimas en los ojos,
con el amor que me alienta,
y aun de rodillas, si á tanto
da lugar tu resistencia,
es, hijo, que desde hoy haya
en tu vida alguna enmienda...
Recuperémos la honra
que está perdida, y parezca
que á quien tiene entendimiento
los trabajos escarmientan.
Hijo, seamos amigos:
que no haya mas diferencias
entre los dos... no mas riñas...
Vivamos en blanda y quieta
paz, haciendo de su parte
cada uno lo que pueda...
Yo de la mia pondré
mi amor, la mayor ternera;
pon de la tuya, hijo mio,
solamente la obediencia...
Tu padre es quien te lo pide,
y al fin, hijo, considera
que no hay siempre un valedor;
que aun podría ser que venga
tiempo en que esté amor y aquellos
favores, si los desprecias,
convertidos en venganza
contra ti mismo se vuelvan.
Doy palabra á usted de cierto
por mi propia conveniencia,
de no dar ningún motivo
pa volver á la vereda.
Si el rayo de Andalucía
he sido por mis proezas,
ahora he de ser por lo mismo
mas humilde que la tierra.

FRAN.

ESCENA XII.

Dichos, D. ANTONIO, D.^a CLARA: luego TERESA.

ANT. Y yo salgo por fiador
de semejante promesa.

FRAN. Señor!...

ANT. Me apresuro á dar
á ustedes mi enhorabuena...

FRAN. Si no fuera por usted,
quién el perdón consiguiera?

ANS. Es verdad.

ANT. Bien: esas cosas
no gusto que se refieran...

No solo su mala vida
debe usted dejar, Estéban,
sino también las compañías
y esas costumbres tan fieras
y tan záfiás, adquiridas
en el juego y las tabernas...

FRAN. Me enmendaré... ya lo he dicho...
Y hasta que me enciendan velas
como á un santo del altar,
no he de parar con la enmienda.

CLAR. Dios te escuche!

FRAN. Como visto.

TER. Un oficial á la puerta
por usted está preguntando.

ANS. Un oficial?

FRAN. De qué señas?

TER. Así de la edad de usted...

Sigue hablando con Francisco.

ANS. Permita el cielo que pueda (*A D. Antonio.*)
pagar á usted los favores
tan grandes que nos dispensa.

ANT. Favores no: quizás son
satisfacer una deuda. (*A D. Anselmo.*)

CLAR. Queda grabada en el alma. (*A D. Ant.*)

ANT. Nada, doña Clara: sea
tan solamente el silencio
mi mas bella recompensa.

ANS. Es el favor que le estimo (A D. Antonio.)
mas que todo.

ANT. Tenga cuenta (A D.^a Clara.)
que esto es quitar la ocasion...
(Oh suplicio!)

CLAR. Di que venga,
FRAN. Y condúcelo hasta aquí.

ANS. Si te estorba mi presencia...

FRAN. No señor; es un amigo...

ANS. Con todo, para que puedas
hablarle con desahogo,
nos vamos. (A Clara.)

ANT. Las ocho y media.
Dentro de un rato vendré
por Rosa, para que vea
a una amiga de Madrid.
Con que, abur. Adios, Estéban. (Vase.)

FRAN. Vaya con Dios y la Virgen.

CLAR. Vamos?

ANS. Vamos.

CLAR. Solo quedas. (Vanse.)

ESCENA XIII.

ESTÉBAN, despues D. LUIS.

FRAN. Pues mala espina me da
de este oficial la venida,
que aunque yo le di la vida,
quizás quiera... Ello dirá.

LUIS. Buenas noches.

FRAN. Dios le guarde...
(y ponga en mi boca acierto.)

LUIS. Usté estrañará de cierto
esta visita tan tarde.

FRAN. No lo estraño, porque usté
tiene esta casa en Sevilla...
Si quiere, tome esta silla
y siéntese.

LUIS. Así lo haré. (Se sientan.)

FRAN. Pues señor; ahora he sabido
que usted ha sido indultado.
Gracia que me han alcanzado...

- LUIS. De que me alegro. He venido
hace poco, y como soy
amigo, y medio pariente
de este señor Asistente,
le conté el paso de hoy,
y por esta causa fui
del perdon de usted informado,
y que en todo habia mediado
un Oidor que pára aquí.
- FRAN. Don Antonio Valdivieso...
- LUIS. El mismo: que una hija tiene
que acompañándole viene...
- FRAN. Muy cierto, señor, es eso.
- LUIS. Pues despues de haber tenido
el gusto de saludarle,
y por su perdon, de darle
mi parabien mas eumplido,
á abusar voy de camino
de su reciente amistad...
- FRAN. Usted tiene libertad
pára todo... (No adivino...)
- LUIS. Es el caso que hace un año
que adoro una jóven bella,
sin que pudiera mi estrella
vencer su desden extraño.
Por mas pruebas que le di
de mi vehemente pasion,
por mas que busqué ocasion
de pintarle el frenesi
de este amor en que me abraso,
no logré de su altivez,
por compasion, que una vez
siquiera, me hiciese caso.
Fuera tarea imposible
decir lo que tengo hecho,
para ablandar aquel pecho
a tanto afan insensible;
pues mas de una vez me halló
la aurora del claro dia
llorando la pena mia
en donde el sol me dejó.
Casi es mengua para mi
decir, que calle tras calle
siendo sombra de su talle



incansable la seguí;
y qué en fiestas y en paseos,
donde quiera que la hallaba
con mil señas le pintaba
mis amorosos deseos.
Nada alcancé: siempre dura,
y mas dura que una peña,
cada vez mas me desdena
y me da mayor tortural
En esto, para tocar
hasta el último resorte,
sabiendo que de la corte
con su padre iba á marchar,
en razon de que de Oidor
para esta Audiencia habia sido
nombrado, yo me decido
y vengo aquí tras mi amor.
¿Quién sabe si una esperanza
habré de hallar para mí?
Si nada logré hasta aquí,
la constancia qué no alcanza!
Entonces...

FRAN.

LUIS.

Adivinado

habrá usted seguramente...

FRAN.

Que es Rosita?

LUIS.

Cabalmente!

Pero usted está inmutado!

FRAN.

Se me conoce? Oh! se engaña.
(Que harta mi estrella no esté!)

LUIS.

Mire usted que no conté
aquí mi pasión estraña,
con el ánimo imprudente
de abusar de su amistad...
No cabe en mí tal maldad,
que obro en todo noblemente...

FRAN.

Por supuesto... (Y no poder
por ella misma largarle
dos razones y aplastarle!)
En fin, qué debo yo hacer?

LUIS.

La vida darme.

FRAN.

La vida?

Cómo quiere usted que sea?

LUIS.

Con permitir que la vea.

FRAN.

Pues qué, la tengo escondida?

LUIS. Si no entiende...

FRAN. Grazne claro,
que no asusto yo de feo...
no me ande usted con rodeo...
suelte el bicho sin reparo...

¿Usted sin duda querrá
hablarla con el pretesto
de visitarme? no es esto?
Pues como quiere será.

LUIS. Oh mi amigo, usted me salva!

FRAN. (Sufre corazon, padece,
pues ella se lo merece!)

La ocasion la pintan calva:
va á salir... sus pasos siento...
Del vuelo váyase á ella,
que el que en amor atropella
cuente con el vencimiento.

LUIS. Ahora no.

FRAN. Por qué, señor?

LUIS. Quisiera la preparase.

FRAN. También esa? Vamos, pase;
no ha de quedar por favor...
Me ha pillado usted de hoja...

LUIS. La miro venir allí...
qué hermosa!

FRAN. Escóndase aquí.

LUIS. Adios! (Se esconde.)

FRAN. El diablo me coja
confesado y comulgado,
que si me aprietan, yo voy
á hacer aquí por quien soy
una que huela á quemado!

ESCENA XIV.

FRANCISCO, ROSA, JUANA, D. LUIS *escondido*.

Ros. Estéban; le felicito
con todo mi corazon
por el indulto alcanzado.

FRAN. Usted tambien el favor...

Ros. Qué favor!... — Con su permiso

à verme al espejó voy.—
Mi padre me está esperando
para que visite yo
à una amiga de Madrid.
¡Ay Juana, ves cómo estoy!
Este peinado componme.

(Las dos en el tocador.)

JUAN. (Esto es buscar la ocasion!...)
FRAN. (Qué he de hacer? no lo adivino.
¿He perdido ya el valor,
que me achico al tropezarme
con ella, que es como un sol?
Pero yo ¿qué le he de dar?
¿qué puedo sino el baldon
del que siendo en esta tierra
un bandolero vivió?
Estéban, no: sepa el mundo
que tu aliento respetó
à quien tú miraste indigno
de que le tuviese amor,
y que si tocar la hora
de la enmienda quiso Dios,
saber vencerse à si propio
es la victoria mayor.
Ya he echado la cerradera...
y apechugo... se acabó...
con mi suerte... El oficial
para formar es mejor
la felicidad de ella...
y à ayudar su pretension
voy ahora...)

Ros. Tan callado?
FRAN. Qué quiere usted? Siempre no
un hombre se halla dispuesto,
ni se encuentra con humor
de cansar con sus tonteras...
Ros. Cansar su conversacion?
No por cierto, no: à no ser
que ya no le inspire yo
aquel fuego con que hizo
su amante declaracion
hace poco...

LUIS. (Qué he escuchado?)

- FRAN. (Pues ya el carro se volcó!)
- ROS. Se encontrará arrepentido
al cambiar su situación,
de lo que pensaba cuando
era imposible su amor...
- FRAN. Con que es posible?...
- ROS. Eso he dicho?
- FRAN. Si no me engañó su voz,
yo escuché que era imposible
enantes, luego ahora no...
- ROS. De veras lo he dicho?...—Juana,
coloca bien esta flor!...
- JUAN. Se cayó...
- FRAN. Y yo la cogí (*Cogiéndola.*)
- LUIS. (Oh rabia! Si esto es atrozi!)
- ROS. Pon otra. (*A Juana.*)
- FRAN. No quiere usted?... (*Ofreciéndosela.*)
- ROS. Si le pesa, si señor.
- FRAN. Pesarme!... vaya!... La estimo,
como si aquí el mismo Dios
un relicario me diera
que ponerme al corazón!
- ROS. ¿Y teniendo en tanta estima
esa flor, hubiera yo
de tomarla?... no por cierto.
- FRAN. Con que abur.—Vamos las dos. (*Vase.*)
- FRAN. La Magdalena las libre
de pegar un tropezon!
(No me he atrevido, y el otro
vendrá ahora hecho un primor!
Ya está aquí.)

ESCENA XV.

FRANCISCO y DON LUIS.

- LUIS. Infame! No sé
cómo pudo mi furor
dejarte con vida aquí?
No te temo, alevé, no;
que mal puede ser valiente
quien ha sido un vil ladrón!

- FRAN. Señor oficial, despacio!
No es preciso alzar la voz,
ni irritarse de ese modo
para decir su razon.
- LUIS. Un asesino, un bandido
que del palo se escapó
porque algunas buenas almas
le tuvieron compasion,
¿pudiera ser caballero
con quien de él se confió?
- FRAN. Señor oficial, despacio...
- LUIS. ¿Referirle á usted el amor
que á esa hermosura profeso,
y escuchar mi confesion,
y no decir que la amaba,
como un pérfido, un traidor,
para burlarse del hombre
que hasta honrado le creyó?
Necio de mí! que olvidé
su clase y su condicion.
- FRAN. Señor oficial, despacio!...
- LUIS. Basta ya: venga esa flor, (*Se la arranca.*)
que colocada en su pecho
es un sacrilegio atroz!
- FRAN. Señor oficial!... Me ofusco...
me ofusco... Y ella? no... no...
- LUIS. Le pegaria...

ESCENA XVI.

Dichos y D. ANTONIO.

- ANS. Qué es esto?
- LUIS. Tratarlo será mejor
á puntapiés...
- ANS. Hijol... hijol...
no escarmientas? ¿tan feroz
eres, que apenas te indultan
me das otra desazon?
- FRAN. Pero, padre!...
- ANS. No repliques...
La razon es del señor,
porque me basta saber

quien eres tú... Padre!... Oh!

ANS. eres mi afrenta.
FRAN. Su afrenta!
Qué es esto, cielos? ¿Yo soy
el rayo de Andalucía?

LUIS. Qué rayo!... un cobarde... Yo!...

Va á embestirle.

ANS. Vas á embestirle, mal hijo? (*Sujetándole.*)

FRAN. No me agarre usted, señor!

LUIS. Déjelo usted.

ANT. Qué dejarlo!

Ayúdeme usted por Dios
á castigar á este tigre,
que á ninguno respetó.

FRAN. Se me acabó la paciencia!
Fuera!

Da un bofetón á su padre y cae al suelo. D. Luis
queda separado á gran trecho.

ANS. A tu padre?

LUIS. Qué horror!

FRAN. Quitese de delante....

Coge el trabuco y la manta.

ANS. A tu padre un bofetón?...
Monstruo vill!... caiga del cielo
con implacable rigor
sobre ti, por hijo infame,
mi tremenda maldición!!

LUIS. Vamos, vamos, buen anciano!..

Llevándose.

ANS. Ni veo por donde voy. (*Vanse los dos.*)

ESCENA XVII.

ESTEBAN, y ROMERO fuera.—*Relámpagos.*

FRAN. Válgame el cielo! qué hice?
cegado con mi coraje

he cometido este ultraje
con mi padre... y me maldice?
El mundo se escandalice
con esta accion, que una fiera
de cierto no cometiera,
pero que yo cometi...
porque mi sino es así...

Se oye un silbido.

ROM.
FRAN.

Vamos ya? *(Desde la ventana.)*
Romero, espera.

Espera, que por delante
abierto he tenido el cielo;
mas su puerta de consuelo
me la cerró en el instante...
Y para que mas me espante
mi triste fin que ya tarda,
hace que en mi pecho arda
con inhumano rigor
un nuevo y terrible amor!...
No vienes?

ROM.
FRAN.

Romero, aguarda.
Madre mia! madre mia!
á cumplir voy con mi sino:
otra vez vuelvo al camino
y á asombrar la Andalucia!
No culpes mi alevosía;
pues para llorar, conmigo
llevo sobrado castigo
en huir de tus abrazos,
con el pecho hecho pedazos!

Suena otro silbido.

ROM.
FRAN.

No vienes, di? *(Relámpagos y truenos.)*
Voy contigo.

El cielo escribe con fuego
mi crimen, atroz, impio...
Mas... ¿no escuchaste, Dios mio,
de mi enmienda el santo ruego?
No te he llamado? Pues luego,
la culpa, señor, no es tuya?

Truena, pues; que quien me arguya

Ruido de gente, voces, ladridos de perros.

porque vuelva á ser bandido,
le diré: Dios lo ha querido!
Huye!

ROM.
FRAN.

Sí, que es bien que huya!
Ya mis iras se renuevan,
y vuelvo á ser, á fe mía,
el Rayo de Andalucía
y Guapo Francisco Estéban.

Salta por la ventana.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Sala en casa del Asistente: mesa con escribanía: sillones en derredor.

ESCENA I.

El ASISTENTE sentado á la mesa: un criado y luego D. DIMAS.

CRIDO. Señor!

ASIST. Qué quieres?

CRIDO. Un hombre de mala facha, á la puerta me dice que si usted quiere para hablarle dar licencia...

ASIST. Dí que sí.

CRIDO. Pero la facha...

ASIST. Anda, Ramon, y no temas.

CRIDO. Entre usted.

DIM. Muy buenas tardes.

ASIST. Muy bien venido usted sea.

DIM. Señor, por mi mala suerte que cada vez es mas negra, sali en comision de apremio para una cercana aldea...

ASIST. Comisionado es usted?

DIM. Para lo que á usted se ofrezca...

ASIST. Gracias...

DIM. Salióme al camino

la gente de Curro Estéban,
y me dejaran pelado
si yo que pelar tuviera...
Pero sucedió que el miedo
que tuve á sus escopetas
y á aquellas caras de diablos,
para salvarme una idea
me sugirió... me avergüenzo
de decir...

ASIST. No se detenga
hable usted con claridad
que no soy ninguna hiena...

DIM. Pues, señor, la idea fué
de que plaza les pidiera
para ser de su cuadrilla...

ASIST. Usted!! vaya una ocurrencia!
Y se la dieron, ¿no es eso?

DIM. Sí señor.

ASIST. Y que se atreva
usted á venirme á hablar!!...

DIM. Me atrevo, porque quisiera
llevar á cabo un proyecto
que me bulle en la cabeza.

ASIST. Sepamos...

DIM. La autoridad...
ofrece una recompensa,
al que ya muerto ó ya vivo
entregue á Francisco Estéban...

ASIST. Y usted?...

DIM. Yo solo lo entrego
como se cumpla la oferta
de los dos mil pesos fuertes...

ASIST. Pues amigo, tarde llega,
porque indultado por mi
Francisco Estéban se encuentra.
Indultado?

DIM. Anoche mismo...

ASIST. No he sabido: ¿quién creyera!...
mas anoche yo lo ví...
todavía en la vereda,
y aun ahora lo he dejado
cerca de aquí en una venta...

ASIST. Puede ser que todavía
mi indulto no recibiera:

Y usted que ha sido ladrón,
según lo que aquí confiesa,
deberá sufrir...

ESCENA II.

Dichos: DON ANSELMO y DON LUIS.

ANS. Señor!
ASIST. Quién me llama?
ANS. Un desdichado,
que arrojándose á sus pies,
justicia, señor, le pide.
ASIST. Justicia, Estéban! de qué?
De la facultad usando
que me ha concedido el rey,
y á ruegos de mis amigos,
¿á su hijo no perdoné
estando ya condenado?
Qué mas solicita usted?
ANS. Señor, solicito ahora
que perdonado no esté,
pues si antes pedi piedad,
pido justicia tambien...
ASIST. Justicia? qué confusión!...
ANS. Sí señor; que quiero ver
cómo castiga á un infame...
ASIST. A quien lo sea yo haré
que sienta el golpe inflexible
de la espada de la ley.
ANS. Mi hijo, si es que es mi hijo,
(mis dudas por esta vez
perdonar puede mi esposa),
porque á reñirle llegué,
sus manos sobre mi cara
con no vista avilantez
siendo su padre, señor,
fiero se atrevió á poner.
ASIST. ¿Y cuándo fué?...
ANS. Anoche mismo.
ASIST. Es cierto?

LUIS. Lo presencié.

ASIST. Estabas allí?

LUIS. Sí estaba,
y puedo afirmarlo, pues
empezó conmigo el lance.

ANS. Yo me querello aquí de él...

ASIST. Su padre aquí se querella!

ANS. Su padre: ya que el poder
no tengo para matarlo,
no una vez, sino hasta cien
con las propias manos mías,
sepa al menos que la ley
lo castiga, cual merece,
por hijo ingrato y sin fe.

ASIST. Don Anselmo, haré justicia;
y tal como debe ser.

ANS. Cuando piedad le pedí
en vuesencia la encontré;
ahora que pido justicia,
vengo á encontrarla tambien;
y sepa el mundo y la gente
que escuche mi historia, que
el hijo que cruel procede
hace á su padre cruel.

ASIST. Y en dónde está?

ANS. Salió huyendo,
sin duda para volver
á su vida de bandido...

ASIST. Para esto le perdoné!
Id con Dios (que á mi cuidado
queda llegar á saber
que ni aquel es hijo de este,
ni este es el padre de aquel).
Mi querella...

ANS. Es como mia:
con justicia proveeré.

(Oh qué fortuna!) Amiguito,
conmigo véngase usted: (A Dimas.)

DIM. Al instante.

ASIST. Y tú, sobrino,
espera aquí.

LUIS. Esperaré.

(Vanse el Asistente y Dimas.)

ANS. Gracias por todo: me voy. (Vase.)

LUIS. Que descanse: hasta mas ver.

ESCENA III.

DON LUIS.

No he conseguido salir
apenas de mi sorpresa,
que un laberinto he formado
de dudas en la cabeza.
¿Venir de Madrid siguiendo
a esa hermosura suprema,
que cuanto yo mas la adoro
mas tirana me desdeña,
y escucharla amante hablar
con un bandido, una fiera,
y regalarle sus flores,
y mirarlo con terneza?
Oh, yo no sé! me confundo!
A la que así me desprecia
yo debiera abandonar;
pero el alma no se presta
a quedar sin esperanza
de un bien que tanto desea!

ESCENA IV.

DON LUIS, DON ANTONIO y ROSITA.

ANT. Entremos.

ROS. Yo voy temblando!

LUIS. Qué miro? Cielos! es ella!...

ROS. El aquí?

ANT. Dígnese usted (A Luis.)

decirme si su esclencia
está en casa. Usted dispense...

LUIS. No hay de qué. Dentro se encuentra.

ANT. Con su permiso...

LUIS. Señora...

una palabra siquiera...
Ros. Diga usted. (*Sale don Dimas.*)
DIM. Ya listo voy!
ANT. Su excelencia... (*Tropezando con Dimas.*)
DIM. Dentro queda.
Con tirios y con troyanos
me enriquezco de esta hecha! (*Vase.*)

ESCENA V.

DON LUIS y ROSITA.

LUIS. Breves serán mis palabras,
que despues de tanto afan,
lo que ayer tarde yo vi
no me permite ni hablar.
Seré para usted si quiere
blanco de un odio mortal,
antipático, insufrible,
cansado ya por demás...
seré su sombra, su muerte,
su fastidio sin igual,
y mereceré que altiva
me desprecie hasta no mas...
pero ¿cómo comprender,
señora, ni imaginar
que tanto amor lo desprecie,
por amor de un criminal?
Oh! yo enloquezco, y no sé
cómo poderlo nombrar;
que quisiera no ofenderla,
ofendiendo á mi rival...
Hé aquí mi amor, mis desvelos,
mi delirio y mi penar
burlados... por quién?... En fin
para decir cuál está
batallando el alma mia,
aquí la vine á parar!...
No espero ningun consuelo:
para darlo es tarde ya...
Resignacion!...

Ros. Y por qué?
Luis. Se atreve usted á preguntar?

Ros. No he de atreverme?...

Luis. Dios mío!...

Ros. Una esperanza quizás?...
No es esperanza: las lágrimas
que mis ojos dando están,
no son por usted, que son
por el que llama rival...
Y estas lágrimas, usted
las consigue derramar,
pues ha sido usted la causa
del trance en que el otro está...
Él es el llorado, y usted
el que me obliga á llorar...
Él sentido, usted la causa
del sentimiento voraz
que sin explicarme el cómo
me devora á mi pesar,
luchando dentro del pecho,
ahora sin clemencia están...
No quiero saber el juicio
que llegará usted á formar
de mis quejas y de mí;
porque mi desdicha es tal,
que razón yo no me doy
de lo que acabo de hablar...

Luis. ¿Qué juicio, señora? El alma
halla su felicidad
mas deseada, en oír
los consuelos que le da.
¿Yo he podido el sentimiento
que la atormenta causar,
y en su pecho sin embargo
para mí un recuerdo hay?
Dichoso yo! no averiguo
si mi ventura es falaz,
y arrancada al sentimiento
que le inspira otro mortal...
Después de tantos rigores
¿se muestra con mas piedad
la hermosa que mis afanes
miró con desden glacial?
Esto me basta... No creo
que quiera premiar mi afán,
que tanta dicha no espera

este misero mortal.
 Ros. Mis lágrimas son por éll!
 Luis. Ni por él las verterá.
 Ros. Qué dice usted?
 Luis. ¿No me ha hablado
 con toda sinceridad?
 Le adora y no me aborrece?
 Pues bien; me toca á mí obrar
 con sinceridad también.
 Ros. Qué intenta usted?
 Luis. Lo sabrá.
 Venceré su repugnancia;
 que si hay generosidad
 en ese pecho, de cierto
 resistirse no podrá
 á quien también generoso
 ha sabido perdonar.
 Si hay esperanza, sea mía:
 esto pido, esto no mas.
 Ros. Mi padre viene...
 Luis. Me voy...
 Ros. Mas sin decir?...
 Luis. Lo sabrá:
 y entre tanto, pida á Dios
 que favorezca mi plan. (Vase.)

ESCENA VI.

ROSITA, el ASISTENTE, D. ANTONIO, y el portero.

ANT. Rosa...
 Ros. Padre...
 ANT. Nada.
 Ros. Nada?
 ASIST. Alguacil, venga usted acá.
 ALG. Señor...
 ASIST. Que al punto se fije
 este bando.
 ALG. Está muy bien.
 ASIST. Y á ver si esta carta, á quien
 dice el sobre, se dirige.
 ALG. Bien, señor.
 ASIST. Marcha ligero.—

Señorita, usted aquí?—
Contigo ha venido?

ANT.

Si.

Ros.

Há un rato que afuera espero
á que salieran ustedes.

ASIST.

Tan sola?

Ros.

Y qué que lo esté?

ASIST.

Y mi sobrino?

Ros.

Se fué.

ANT.

En fin, no veré que cedes?

ASIST.

¿No has visto que al alguacil
acabo de dar un bando
que estarán ya publicando?
Pues ofrezco en él dos mil
pesos á quien muerto ó vivo
á ese monstruo me presente,
y juro á fe de Asistente
que cumplo lo que suscribo;
y que si logro prenderlo
he de hacer justicia en él
como merece.

Ros.

(Oh cruel!)

ASIST.

Hasta que consiga el verlo
pagando con su existencia
su crimen, no he de parar.

ANT.

No ha de dejarse llevar
el que es un juez de conciencia
tanto de la informacion
primera, que á lo que sé
tan grave el caso no fué
como fué la relacion.

ASIST.

¿No hay un hijo, amigo, en ella
que á su padre lo maltrata?
¿Y no hay un padre que trata
de dar de su hijo querella?
Qué mas grave puede ser?

ANT.

Yo confieso que lo ha sido,
pero hasta ahora no se ha oido
al culpado: puede haber
alguna razon...

ASIST.

Me holgara
que tales razones diera,
que inocente lo creyera.
Al punto lo perdonara,

que si recto castigar
anhelo al que es delincuente,
no gusto que el inocente
sufra nada.

ANT.

Averiguar
he podido algo de paso.
No sé la causa que había,
mas es cierto que reñía
con un jóven. Por acaso
el padre á tiempo llegó
que estaba mas alarmado,
el hijo, que acalorado
no tan solo no lo vió,
sino que creyendo oír
de su contrario una injuria,
ciego de despecho y furia,
le tiró sin advertir
el golpe, á tiempo fatal
que su padre introducido
en medio, fué el ofendido
de una manera casual.
Me dicen que así pasó,
y siendo así, claro estaba
que á su padre no tiraba.
Puede que sea...

ASIST.

ANT.

Así yo
esto lo dejara así.

ASIST.

Te parece justo?

ANT.

Si.

ASIST.

Pues á mí, mi amigo, no.
Y he de ver, haya ó no agravio,
si es posible haber habido
ni un hijo tan atrevido
ni un padre tan poco sabio.

ANT.

En fin, harás lo que cuadre
con la justicia mejor...

ASIST.

Justicia, mas sin rigor,
he de hacer con hijo y padre.

ANT.

Con un celo exagerado
no ofendas tu rectitud.

ASIST.

Sé respetar la virtud,
que lo tengo acreditado...

ANT.

No pienses que por ofensa
he dicho lo que has oído:

mi ánimo solo ha sido
buscar una recompensa
al bien que de él recibí;
bien que agradece mi pecho.
ASIST. Mas que el mismo padre has hecho:
que no se queje de ti...
ANT. Adios.

ASIST.

ROS.

ANT.

ROS.

Adios. Vamos ya?
Vendré en mejor ocasión. (Bajo á Rosa.)
Desgarrado el corazon
y lleno de penas va! (Vanse.)

ESCENA VII.

El ASISTENTE: el ALGUACIL.

ASIST.

ALG.

ASIST.

Muchacho.

Señor.

De ronda

salir esta noche intento.

Cuando venga la partida

les dices que esperen. (Vase.)

ALG.

Bueno.

Pues, señor, quere decir
que esta noche pierdo el sueño;

pues cuando sale, hasta el día
no regresa y volaverunt. (Llaman.)

Llaman? quién es?

Abra usted. (Dentro.)

FRAN.

ALG.

FRAN.

Pero á quién?

Que traigo un pliego
para el señor Asistente.

ALG.

FRAN.

ALG.

Un pliego?

Que abra usted presto.

Entre usted.

ESCENA VIII.

ALGUACIL y FRANCISCO ESTÉBAN.

FRAN.

Muy buenas noches.

Anda, corre, y en un vuelo
dile que traigo noticia
de que Estéban se halla preso.

ALG. El rayo de Andalucía?
ese monstruo? ese perverso?

FRAN. No despachas?

ALG. Tú por tú?

FRAN. Despacha, ó te doy pa el pelo.

ALG. (Qué caral! Malo será
el Francisco Estéban, pero
no tiene planta de ser
este mozo nada bueno.) (Vase.)

ESCENA IX.

FRANCISCO.

Ya empiezo hacer de las mías,
y por un Divé prometo
poner mi nombre en el mundo
como ninguno lo ha puesto.—
Pregonadol ¡y quién se atreve
á echarle la sogá al perro,
si mi nombre es la campana
de agonis que llama á muerto?
He visto á tantos bocones
temblar al verme de miedo,
y pedir misericordia
dando golpes en los pechos,
que me parece una burla
pensar que en el universo
haya quien quiera conmigo
ganarse los dos mil pesos.
Este pastiri Asistente
nunca me vió...

ESCENA X.

FRANCISCO, el ASISTENTE y el ALGUACIL.

ASIST.

Y qué, prendieron

á Francisco Estéban?

FRAN. Si.

ASIST. No dicen que es un leon fiero?

FRAN. Qué ha de ser, si de esta vez
se ablandó como un borrego?

ASIST. Prometo á fe de quien soy,
que ya que llegué á cogerlo,
me ha de pagar las injurias
que en todo este mundo ha hecho.

FRAN. (Pues no te dará en el pico!)

ASIST. De boca de usté el suceso
quisiera saber... el cómo?...

FRAN. Voy á decirlo, mas quiero
antes dejar estas armas,
que algo fatigado vengo.

ASIST. Si señor, descanse usted,
y tomará un refrigerio.
No es eso?

FRAN. Pues... como guste.

Por el camino hecho un fuego
encendido vine á escape...

ASIST. No era el lance para menos.—

Corre, aprisa, tráele algo... (*Al Alguacil.*)

Un vaso de vino añejo...

FRAN. Que tenga mosquitos, nene.

ALG. (No es mal mosquito el mancebo!) (*Vase.*)

FRAN. Afuera las armas.

ASIST. Puede
ponerlas en este asiento...
Buenas son!

FRAN. Pues sepa usted
que estas armas y colete
fueron de Francisco Estéban;
que el que el hábito trae puesto
parece un santo bendito
aunque sea un bandolero;
y trayéndolas yo puestas
pienso que á Estéban escedo.

Sale el Alguacil con botella, plato y vaso.

ALG. Ya está aquí.

FRAN. Bendito sea
el que mató á los gallegos.—

Hasta verte, Cristo miol.. (Bebiendo.)
Fué necesario un refuerzo!... (Lllaman.)

ASIST. Lllaman...
ALG. La ronda. (Abriendo.)
FRAN. (Me venden?...
no me harán de balde el juego!)

ESCENA XI.

Dichos: un ALCALDE, y quince ó veinte alguaciles.

ALC. Muy buenas noches.
ASIST. Felices.
ALC. Cuando guste...
ASIST. Qué hay de nuevo
por la ciudad?
ALC. Nada.
ASIST. Nada?
Pues hoy por acá tenemos
unas noticias felices...
ALC. Cuáles son?
ASIST. Se encuentra preso
en la villa de Alcalá
Estéban...
ALC. Qué!... no lo creo.
ASIST. Aquí está quien ha traído
la noticia.
ALC. Usted? (A Francisco.)
FRAN. El mismo.
ASIST. Él lo prendió.
ALC. Jesus, hombre!
lo cogería durmiendo,
que de otra manera dudo
que consiguieran prenderlo.
FRAN. Es tan fijo como el sol.
Sea despierto ó durmiendo,
lo que sé es que está encerrado
con catorce hombres lo menos
á su lado, sin contar
un personaje entre ellos
y un Alcalde, que no fian
de otro valor el empeño.

ALCAL. Usted lo veria despacio?
FRAN. Tan despacio... ¿cómo verlo?
pues si me parece á mi
que aun ahora lo estoy viendo.
ALCAL. Diga usted, ¿qué señas tiene?
No he podido conocerlo...
ASIST. Tampoco yo.

FRAN. Se conoce;
y de que asi sea me alegro,
porque asi tendré ocasion
de hacer su retrato entero,
y tan entero, que ustedes
se van á morir de miedo!...
Y si no, dénme licencia
para que salga perfecto
el retrato, de ponerme
su manta y sus armas.

(Llegándose á las armas.)

ASIST. Buenol

ALCAL. Es hombre de humor. (Al Asist.)

ASIST. Valiente!

(Francisco va haciendo lo que dicen los versos.)

FRAN. Pues si la licencia tengo,
tomo primero la charpa
ya que está listo el colete.
Póngome el par de pistolas,
ya he dicho que son del mismo.
Pongo el rejon en el cinto.
Este trabuco prevengo
para tenerlo en la mano
montado, que siempre llevo
este trabuco conmigo.
Llevo dije? No es de miedo,
que con este desahogo
de estar el papel fingiendo
me pareció ser Estéban...

ALCAL. (Es un mozo muy dispuesto!) (Al Asistente.)

ASIST. (En gracia le disimulo
esta falta de respeto:
no está bien, señor alcalde,
conmigo tanto despejo.)

ALCAL. (Es mucha verdad.)

FRAN. Tenia

cuando fueron á prenderlo...
¿fueron dije?... he dicho mal,
pues cuando fui decir debo...
que se me olvida el papel
sus armas puestas teniendo.

ASIST. Hable usted de cualquier modo,
qué lo que saber deseo
es el caso y nada mas.

FRAN. Así con menos rodeos...
Pues háganse ustedes cuenta
que en lo que respecta al cuerpo,
entre el suyo y entre el mio
no hay de diferencia un pelo.
La vista suya es alegre,
aunque su mirar muy fiero:
atrevido en lo que cabe,
y en lo que no, muy discreto:
tiene algunas agudezas,
su valor sin compañero,
amigo de sus amigos
y con todo el mundo atento.
Sus armas ya las mirais,
su ropa ya la estais viendo,
porque su manta y montera,
su ceñidor y colete,
para mejor parecerme,
traigo aqui, señores, puestos...
Mas lo que hay de diferencia
de mí á él, llévase el viento,
que si hasta aquí estuve oculto,
ya encubrirlo mas no puedo.
Yo soy el mismo que he dicho.
Francisco Estéban, que vengo
arrestado á que me den
de mi pregon el dinero.
ASIST. Usted Estéban?

ALCAL.

Dios mio!

FRAN.

Las armas todos al suelo,
ó el primero que se mueva
en ceniza lo conviertó.

Ea canalla! hácia este lado. (A los alguac.)

Y usted, sáqueme el talego. (Al Asistente.)

ASIST.

(Qué he de hacer?)

FRAN.

No sea usted



remolón, que si me altero,
el corazón y redaños
le habré de poner al fresco.
ASIST. Aquí lo tiene.

(Sacando un talego de la carpeta.)

FRAN. Contado?

ASIST. En oro está.

FRAN. Poco precio
ofreció por mi persona!
También entregue el proceso:
á encender voy luminarias
para alumbrarme un momento.

ASIST. Aquí está.

FRAN. Quémelo usted.

ASIST. Yo?

FRAN. Pues quién?

ASIST. (Cielos eternos! (Quemándole.)

Yo mismo quemar la causal
de mi sorpresa no vuelvo!
FRAN. Asina!... muy-bien que arden
estos papeles y enredos...
Ya se ve! si son la leña
mas mejor de los infiernos!
Con azufre los escriben
y por arenilla en ellos
echan pólvora con brea
molida... Señor, ¿no es esto?
¿los escribanos no son
los demonios verdaderos?
Andando ya, y sepa usted
que quien ha tenido aliento
para dar un bofetón
á su padre lo primero,
y en después para venir
á hacer lo que aquí yo he hecho,
si por mirarse acosado
se le arruga el entrecejo,
es hombre capaz de hacer
con usted un sacrilegio.—
Recoja usted esas monedas,
señor alcalde, y tan luego
como esté yo en la del rey
libre y sin costas, de un vuelo

las llevará al hospital
para los pobres enfermos.
Y si sé que no lo hace...

ALCAL.

Al hospital?

FRAN.

Con los dedos.

No quiero que el mundo diga
que he cometido este arresto
llevado del interés
de guardarme los dineros.
Salud, señores!

(Vase.)

ESCENA XII.

Dichos menos FRANCISCO.

ASIST.

Se fué?

ALCAL.

Vamos tras él!

ASIST.

Me avergüenzo

de pensar que de este modo
nos haya tratado!

ALCAL.

Cierto!

lo que acaba de pasar
es tal que apenas lo creo.

ALG.

No dije yo que su cara...

ASIST.

Nos cogió la acción.

ALCAL.

Y luego,

no conocerle ninguno...

ASIST.

En fin, á enmendar lo hecho,
y á perseguirle de muerte.

ALCAL.

Ya todos lo conocemo

ESCENA XIII.

Dichos y DOÑA CLARA.

CLAR.

Con permiso...

ALG.

La mujer

(Al Asistente.)

que mandó citar.

ASIST.

Adentro,

señora, pase. Y ustedes
aguarden fuera un momento.

ALCAL. En la puerta de la calle
á vuecencia esperarémos. (*Vanse.*)

CLAR. Señor, con toda la urgencia
que hace poco me citó,
vengo á verle en esta hora.

ASIST. Siéntese usted.

CLAR. Bien estoy.

ASIST. Despacio tengo que hablarla...

Recobre usted la color.

Tome asiento y tenga usted (*Se sientan.*)

sosegado el corazon;

que necesito que haya

confianza entre los dos.

Su hijo de usted á su esposo

enormemente ofendió,

dándole atrevido y fiero

en la cara un bofetón:

su esposo de usted, del hijo

ante mí se querelló,

pidiendo como un extraño

de la ley todo el rigor.

Esta conducta de entrambos

en mi pecho despertó

sospechas tan solamente

en contra de usted.

CLAR. Señor!...

ASIST. Razon tiene de turbarse,
y tan sobrada razon,
pues de enjuiciar este modo
jamás ninguno lo vió:

mas quiero poner tan claro

como los rayos del sol,

si puede en el mundo ser

que llegue la indignacion

de padre á hijo y de hijo á padre

á tal, que si uno ofendió

se querelle el otro.

CLAR. (*Cielos!*)

ASIST. Y para poder mejor
hacerlo, como á testigo
quiero examinarla yo.
Hable sin ningun recelo
en la fe de ser quien soy.
Lo que diga, en un sepulcro

va á quedar, y su opinion
sin la mas leve sospecha...
Solos estamos los dos,
señora, y si alguna causa
que explique el crimen atroz
de haber pegado á su padre
pudiera hallarse, el rigor
de mi enojo templaria,
y tal vez...

CLAR. Satisfaccion
tendrá vucencia de todo
si me escucha.

ASIST. Atento estoy.

CLAR. Mi padre en un tiempo fué
de muy alta posicion,
y despues á ser muy pobre
por su desgracia llegó.
Tuvo dos hijas, y á mí
que era en edad la menor,
con mi Anselmo, por ser rico,
aunque viejo me casó.
Con tan distintas edades
¿cómo tenernos amor?
No se lo tuve... el deber...
En fin... mi padre murió,
y á vivir conmigo entonces
vino mi hermana Leonor.
En esto, mi casa un jóven
con frecuencia visitó,
cuyo nombre no lo digo
porque me causa rubor...
Aunque bien mirado ¿a qué
guardo consideracion?

ASIST. Decidlo, si... mi secreto...

CLAR. Fué don Antonio...

ASIST. El Oidor?
Ya entiendo porque pedia
tan eficaz el perdon!...

CLAR. No es eso...

(Suenan tiros.)

ASIST. Un tiro!

CLAR. Dios mio!

Yo tiemblo!

ASIST. A la calle voy,
que quizás Estéban sea...

CLAR. No puede ser.

ASIST. Por qué nó,
si hace un instante que aquí
estuvo?

CLAR. Estéban?

ASIST. Él!

CLAR. Oh!

ASIST. no puedo mas... yo fallezco! (*Cae en una
silla.*)
Ha perdido la color...
Ramon!... qué apuro!...

(*Suena otro tiro y sale el alguacil.*)

Otro tiro!

Socórrela tú por Dios.
que corriendo voy adonde
me llama mi obligacion!...

CLAR. Piedad por él!...

ASIST. Lo sé todo, (*Volviendo en sí.*)

y sin faltar al honor
de mi palabra, he de hacer
justicia ejemplar. (*Yéndose.*)

CLAR.

No, no,
que no he acabado de hacer
de todo la confesion!...

(*Cae desmayada al correr tras el Asistente.*)

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

Cárcel: dos habitaciones á cada lado: al fondo un gran arco con reja de hierro, cubierto con una cortina que se descorrerá á su tiempo.

ESCENA I.

CALABOGEROS 1.^o y 2.^o

CAL. 1.^o Acabaste?

2.^o Ya acabé.

1.^o Hoy viene aquí alguna gente, que ha mandado el Asistente, que esa sala, limpia esté.

2.^o Para Estéban no será?

1.^o Pues no será maravilla que lo metan en capilla cuando lo traigan acá.

2.^o Prenderlo!... Casi lo dudo que es un tigre en valentía... ¿quién sujetarlo podría?

1.^o Pues ya ves que hubo quien pudo.

2.^o Ya se ve! yendo á la entrega los mismos de su partida, no es extraño que la vida pierda un hombre.

1.^o Gente llega.

ESCENA II.

Dichos: el ALCAIDE y DON ANTONIO.

ALC. Por aquí, señor.

ANT. A dónde?
ALCAL. Le han destinado á esta sala:
no es, aunque la menos mala,
la que á un Oidor corresponde.
ANT. Bien está. (Dios de Israel!...
qué es lo que pasa por mí?
Tratarme un amigo así,
que siempre tuve por fiel?
Qué delito?... Desvario...
Mi razon aquí se ofusca,
que en vano mi mente busca
lo que esplique el crimen mío!
Pero en fin...)— Aquí vendrá
una jóven: yo quisiera
que entrar se lo permitiera,
si es que prohibido no está.
ALCAL. No hay ninguna prohibicion
de hacer lo que usted desea...
ANT. Dejará usted que la vea?
ALCAL. Si está en comunicacion...
ANT. Es mi hija.
ALCAL. Bien.— Advierte

Al calabocero 1.º

que en cuanto venga... Ya sé.

ANT. Abur.

Vase por la izquierda.—Cierra el Alcaide.

2.º Y lo encierra usted?

ALCAL. Se me manda de esta suerte. (Vase.)

ESCENA III.

Los dos CALABOCEROS.

2.º Pues ese es pájaro gordo.

1.º Y lo prenden; guarda Pablo!...

A este Asistente del diablo
nadie se le arrima á bordol

2.º Las de don Pedro el Cruel
tiene el hombre: en sus empeños
á los grandes y pequeños

- 1.º los mide por un nivel.
Esa es constante manía
de toda la autoridad
que manda en esta ciudad
tan siquiera por un día...
Con la memoria de aquel
se manejan de tal suerte,
que cada cual se convierte
en un don Pedro el Cruel.
Este es censo de Sevilla,
á lo menos cuando empiezan,
que despues siempre tropiezan
y se olvidan la cartilla.
Pero escucha que ya viene...
2.º Quién viene?
1.º Francisco Estéban...
2.º Que á tratarlo así se atreven?
1.º Y nos lo guindan de ene.
2.º De veras?
1.º Sin mas ni mas.
Preparativos he visto
que no fallan.
2.º Jesucristo!
No lo creyera jamás.

ESCENA IV.

Dichos: FRANCISCO, el ALCAIDE, y tropa que al punto se retira.

- FRAN. Salud, señores!
ALC. Aquí
espere usted un momento.
FRAN. Bien.— (Cómo ha de ser!) Yo siento
2.º verle en este sitio así.
FRAN. Usté lo siente? y por qué?
2.º Por su fama de valiente,
que á mí me gusta la gente
que llegó á ser como usté.
FRAN. En jamas maté á ninguno
como un cobarde asesino.
Es verdá que en el camino

campeé sin temor alguno,
y llegué el asombro á ser
de toda la Andalucía,
mas una ruín villanía
no se me ha visto á mí hacer.
Robé, sí señor, que así
tuve fama de ladron;
pero en mas de una ocasion
á los pobres socorrí.
Que por mí se jacen lengua
los pobretes arrieros,
que el quitarle los dineros
siempre lo tuve por mengua...
Para robar son los ricos:
lo demás no tiene gracia:
¿no lleva una gran desgracia
quien tragina con borricos?
Es verdad.

1.^o
FRAN.

Mi negra estrella
lo ha querido de otra suerte.
No lo digo por la muerte,
que el morir no me atropella;
sino porque es natural
que aunque de nada se asombre,
no quiera morir un hombre
de una manera tan mal.

2.^o
FRAN.

Una esperanza... Perdida.

La tengo ya tan tragada,
que sé que no alcanza nada
á perdonarme la vida.

2.^o
FRAN.

Quién sabe? No desconfie...
Yo bien sé que el Asistente
logrando clavarme el diente
no pára si no me frie...

2.^o
FRAN.

Mas, cómo pudo prenderlo?
De una manera sencilla.
Yo vine anoche á Sevilla
nada mas que para verlo.
Al entrár en la ciudad
dejé el caballo encargado
á un compañero malvado
que hallé por casualidad.
Este tal, seguramente

que era nuevo en mi partida,
habia ajustado mi vida
con el señor Asistente...

2.º

Infame!

FRAN.

Cuando volví,
aunque en el sitio lo hallo,
rodeado mi caballo
de tropa al saltar me ví.
Dátele gritan: meto espuela,
da un bote el potro, relincha,
y cortada hallo la cincha
sin poder llamar candela.
Dátele dátele!—Aprieto mas;
pero ¡quién! si hallo cortadas
también las bridas, y atadas,
y qué el perro por detrás
mientras el caballo sujeta
y el pie tuvo, descolgó
sin que lo sintiera yo
el trabuco y la escopeta.
Juro... reniego... echo mano
y nada... ¡Virgen del Carmen!
que como así lo desarmen,
se entrega cualquier cristiano...
No fué sin que disparara
mis dos pistolas del cinto,
y al autor del laberinto
ó lo hiriera ó lo matara.
Rodando cayó... Mas fué
inútil la resistencia...
tuve que tener paciencia
y preso al postre me hallé.
En seguida me llevaron
hecho un Cristo entre la gente
á casa del Asistente
ante el cual me presentaron.
Y entre tropiezo y tropiezo
hay citas, declaraciones...
qué sé yo... ¿á qué dilaciones
para apretarme el pescuezo?
¿Quién sabe, señor Estéban?...
Ya le he dicho que tragada
la tengo.... De esta vez... nada...
de fijo al palo me llevan.

2.º

FRAN.

Y mire usted, no me quejo
de que asina se me afeite,
que á la postre, para aceite
no ha de servir mi pellejo.

(Sale el Calabocero 1.º)

1.º

Fuera está una señorita
que á ver á su padre viene.

ALC.

Que entre.

(Sale Rosa.)

FRAN.

Ella!

ROS.

Él!

FRAN.

Qué me detiene!

(Yéndose á ella.)

ROS.

Estéban!

FRAN.

Doña Rosita!

ROS.

Qué es esto?

FRAN.

Mi amarga suerte...

ROS.

Pero cómo?

FRAN.

Así lo quiso,
y conformarme es preciso.

ROS.

Y qué espera usted?

FRAN.

La muerte.

ROS.

La muerte!!!

FRAN.

Déjeme usted (Al Alcaide.)
hablarla solo un instante,
se lo suplico...

ALC.

Adelante!
(Desde fuera observaré.)

ESCENA V.

ESTEBAN y ROSA.

FRAN.

Solos estamos
Rosa temprana.

ROS.

El verme aquí
tal vez te espanta?...

FRAN.

¿Por dicha mia,
he sido causa
que venga á hablarme
hasta esta estancia?
Si tal ventura
me reservaba

el Dios que al mundo
gobierna y manda,
vengan prisiones
y grillos hasta
que yo me queje:
vengan, ya tardan.

Ros.

No tal, Estéban,
que yo ignoraba
que en esta cárcel
usted se hallara.
Fué por mi padre:
tambien se halla
preso aquí.

FRAN.

Preso!

Esto me pasmal
Por qué motivo?

Ros.

No sé palabra.

FRAN.

Esto mas, cielos?

Ros.

Pero estas lágrimas
que aquí derramo
en abundancia,
tanto no son
por él que nada
temo le pase...

De otra desgracia,
el pecho mio
sufre las ansias...

FRAN.

¿Será la mia,
flor adorada?

¿Cuándo en el mundo
yo imaginara
que en mis desdichas
tantas, que amargan
mas que las hieles
y las retamas,
hubiera un ángel
que me llorara?
Ángel del cielo
que es de mi guarda
y al que yo rezo
por las mañanas:
ángel que pone
como una malva,
al fiero tigre

que al mundo espanta;
ese tu llanto
me punza el alma,
esas tus penas
me despedazan,
esos suspiros
mi pecho abrasan
con mas candela
que da una fragua.
Cuando en el palo
que ya me aguarda
el hierro frio
en mi garganta
sienta, mi Rosa;
cuando mi cara
cubra el verdugo
y las palabras
del Credo diga
y entregue el alma,
no mas idea
tendré estampada
que la del ángel
que aquí me ampara.
Dios me lo envia,
Dios que se cansa
de que padezca
tantas desgracias.
No puedo mas!
Rosa!...

ROS.
FRAN.
ROS.

¡Qué amargas
son tus ideas,
es tu esperanza!...
Morir!... por qué?
Si la campana
suena á mi muerte,
Rosa adorada,
reza á la Virgen
pura y sin mancha,
reza una salve,
que si me hallara
en los infiernos,
tu rezo basta,
para que Dios
me tenga lástima.

FRAN.

ROS. Estéban!
FRAN. Rosa!
perla de gracia,
rézame tú,
tú que me amas,
que hasta mi madre
me desampara...
ROS. No sé si vivo!...

(Sale el Alcaide.)

FRAN. Ya nos separan!
ALC. Yo bien quisiera,
pero no...
FRAN. Gracias!
ROS. Adios!
FRAN. Adios!
ROS. Y no me abrazas?
FRAN. Con alma y vida! (*Se abrazan.*)
ROS. Tuya es mi alma!
Morir!... no... nol...
¿Y quién te mata!...
ROS. Rosa!...
FRAN. Dios mío!
ROS. Alcaide, aguarda,
FRAN. que aquí es mi muerte,
que no en la plaza.

(Ruido de llaves: el Alcaide los separa.)

ALC. Las llaves!...
ROS. ¡Vóime!
Mi aliento falta!
FRAN. Adios!
ROS. Adios!... (*Vase.*)
ALC. Entre, que basta. (*Cierra.*)

ESCENA VI.

FRANCISCO, el ALCAIDE, un ESCRIBANO, alguaciles,
FRAY AMBROSIO, hermanos de la Caridad, el ASIS-
TENTE oculto entre la multitud.

FRAN. (Mi última hora llegó!



Serenidad... que no digan..)

ESCRIB. Francisco Estéban!...

FRAN. Yo soy.

ESCRIB. Pues doble usted la rodilla
para escuchar su sentencia.

FRAN. Ya la doblo á la justicia;
que nadie mas en el mundo
puede haber que lo consiga.

ESCRIB. lee. «En la ciudad de Sevilla, el señor Asis-
tente de la misma, habiendo visto esta cau-
sa, y con presencia de los cargos que re-
sultan, dijo: que debia condenar y conde-
naba á Francisco Estéban á que sufra la
pena de muerte en garrote vil, no perma-
neciendo en la capilla mas que el tiempo
preciso para disponerse á morir cristiana-
mente. Y por esta su sentencia, definiti-
vamente juzgando, así lo ordenó, mandó y
firmó.—*El Asistente de Sevilla.*

FRAN. Nada mas? Valiente cosa!
Para quitarme la vida
no era menester tener
como se ve, tanta prisa!
Así parece que soy
una fiera tan brayia,
que el mundo se ve en peligro
tóos los istantes que viva...
¡Vaya un caso! Dé ustedé gracias
al Asistente é Sevilla;
por lo valiente que ahora
anda, pues antes me huia.

FR. AMB. Hijo mio!

FRAN. Padre mio!

FR. AMB. Los pensamientos olvida
de este mundo, y piensa solo
en la salvacion divina.

FRAN. Vamos pensando en la gloria!
Pero se engaña mi vista,
ó antes de ahora, á ustedé, Padre,
he visto yo? Juraria
que mi gente en el camino
lo encontró no ha muchos días.

FR. AMB. Es cierto!

FRAN. Pues ya ve ustedé:

yo era el rey de la campiña,
señor de vidas y haciendas,
sin que nadie é mi justicia
apelar pudiera á nadie,
y han conservado las vidas
todos aquellos que hincados
tuve ante mi de rodillas...
Pero caigo yo despues,
no porque el valor me rinda,
pues conmigo no hay ninguno
que frente á frente compita,
sino por venderme aleve
uno propio é mi partida;
y de rodilla al momento
á ponerme se me obliga,
y para mi no hay perdon,
ni clemencia... ni aun justicia...
¿Quién es aqui, Padre mio,
quién es aqui el que asesina?

FR. AMB. Hijo!

FRAN. ¿Padre, no es verdad
que es justa la queja mia?

FR. AMB. Los juicios de Dios!...

FRAN. Y hay Dios?

FR. AMB. Es una blasfemia indigna
esa pregunta, esa duda.
Sino lo hubiese, podrias
ni aun dudar de su existencia?
Frágil mortal, ¿qué es la vida,
sino un soplo de ese Dios
que cuando quiere aniquila?
Qué fueras tú?...

FRAN. Fué un momento
de rabia!

FR. AMB. De cobardia.

FRAN. Cobarde no, padre mio:
entremos en la capilla,
que jamás tuve á la muerte
miedo como una gallina.
Ande usted.

FR. AMB. Tu última hora
por instantes se aproxima.
Piensa en Dios!

FRAN. Pensando voy...

(y en tí, mi Rosa querida,
que por tí tan solamente
morir así me horroriza!) (Vanse.)

ESCENA VII.

El ASISTENTE, el ALCAIDE.

ASIST. Ya entraron.— Señor Alcaide!

ALC. Qué manda su señoría?

ASIST. Está el Oidor?

ALC. Encerrado
hace un rato con su hija
que á visitarlo llegó.

ASIST. Bien está: mas no permita
usted que la hija aquí salga
mientras al reo ajustician.

ALC. Así lo haré.

ASIST. Tropa llega.

ALC. Con un viejo se aproxima.

ASIST. Enciérrelo en ese cuarto.

Señalando á uno de la derecha y ocultándose.

Sale don Anselmo.

ANS. A dónde, Virgen Santísima,
me llevarán?

ALC. Entre usted.

ANS. Dios mío!

ALC. Vamos aprisa!

ANS. ¿Qué delito he cometido
para que así se me aflija? (Vase.)

ASIST. Traeme ahora á la mujer...

ALC. La madre del reo?

ASIST. La misma.

ESCENA VIII.

El ASISTENTE y D.^a CLARA.

CLAR. Ah señor! A sus pies deshecha en llanto
Le demando piedad.

ASIST. Alce del suelo,

Que aunque aliviar quisiera su quebranto,
No le puedo prestar ningún consuelo.

CLAR. No hay piedad, cielo santo!

ASIST. Sordo á su llanto se presenta el cielo!
¿Y sabe usted por qué, mujer liviana,
Esposa criminal? porque se venga,
Y el vengarse de Dios no hay fuerza humana
En el mundo capaz que lo detenga.

CLAR. Esposa criminal? no, no por cierto...
Verdad que no le amé con desvario,
Mas primero, señor, me hubiera muerto,
Que faltar á su honor, honor que es mío...

ASIST. Entonces, ¿cómo dijo vuestro labio
Que teniendo al Oidor pasión liviana?...

CLAR. No pronunció mi boca tal agravio...
Quién le amó con delirio fué mi hermana:
Fué mi hermana Leonor, sol de hermosura,
Que en el florido abril de sus amores,
En pago recibió de su ternura
Cosecha de agudísimos dolores.

ASIST. Su hermana!... Explique usted..

CLAR. Muerto mi padre,
Y sin madre las dos, vino conmigo
A vivir, y á servirme ella de madre
Y yo á ella de tutor, padre y amigo.

ASIST. Anoche ya me dijo!...

CLAR. Era estudiante
Don Antonio, y la gala de Sevilla...
Mi casa visitó..

ASIST. Lo sé.

CLAR. Y amante
De Leonor se llamó... Ella sencilla...
Sin experiencia... oyendo el juramento
De ser su esposo, se arrojó en sus brazos,
Cedió el amor, triunfó el atrevimiento,
Y á ambos unieron criminales lazos.

ASIST. Y su palabra el Oidor?...

CLAR. No cumplió: mentido amante
dejó de ser estudiante
y también dejó á Leonor:
y con proceder villano
y con negra inconsecuencia,
por miras de conveniencia
á otra mujer dió su mano.

En su abandono cruel
Leonor lloró noche y día
la ingratitud y falsía
de su adorador infiel:
y estrechándome en sus brazos
para calmar tanto anhelo,
en mí buscaba un consuelo
entre lágrimas y abrazos.
Triste hermanal... Yo ignoraba
tanto amor!... Al fin me habló
un día y me confesó
que en cinta, señor, estaba...
En cinta?

ASIST.

CLAR.

¿Cómo ocultar
su afrenta? En tamaña duda,
un pensamiento en mi ayuda
llegóme el cielo á inspirar.
Mi marido deseaba,
que era achaque de la edad,
tener un hijo...

ASIST.

Oh maldad!

¿Con que el ladrón que pasaba
por hijo de ustedes dos,
no lo era tal, según eso?

CLAR.

De mi hermana y Valdivieso
es hijo Estéban.

ASIST.

Gran Dios!

CLAR.

Deirme fuera, serena
licencia pedí á mi esposo
que me concedió gustoso,
y nos fuimos á Lucena,
y allí mi hermana dió á luz
á ese Francisco atrevido,
que en sus crímenes ha sido
fiera del suelo andaluz:
y al darlo... suerte fatal!
débil á tanto tormento,
á Dios entregó el aliento
con el beso maternal.
Ah! murió... Sola quedé,
mas yo suplí su cariño,
y tomando al tierno niño
á Sevilla regresé,
en donde haciendo de madre,

que al cabo tal me creí,
alegre á mi Anselmo ví
gozoso llamarse padre.
Ya teneis mi confesion
hecha, señor Asistente;
si en algo fui delincuente
le demando mi perdon!!
perdon tambien para él,
pues si muere, tal lo quiero
que, señor, de cierto muero...
No seréis, no, tan cruel.

ASIST.

Aparte usted.

CLAR.

Por piedad!...

No le apiada mi llanto?...

ASIST.

Compadezco su quebranto,
pero no puedo...

CLAR.

Oh crueldad!

ASIST.

No puedo aliviar su suerte...

CLAR.

Para Estéban no hay clemencia?

Cuál es, señor, su sentencia?

ASIST.

Su sentencia es la de muerte.

CLAR.

Ah! (Desmáysase.)

ASIST.

Alcaide, llévela usted
á su encierro.

ALC.

Desmayada!! (Llévasela.)

ASIST.

Duro anduve... mas no es nada...—
Que á su lado usted se esté.

ESCENA IX.

ASISTENTE.

Me alegro de haber oido
tan curiosa relacion.
¿Con que el hijo que á su padre
con desacato ofendió,
no es ciertamente tal hijo?
¿Ni tal padre el que su voz
alzó en querella ante mí
contra un hijo? ¡Vive Dios,
que este claro resultado
me lo daba el corazon!...
Que un hijo á su padre ofenda

puede suceder, mas no
que un padre la muerte pida
contra el fruto de su amor!
Mas, bien mirado este caso
salí de una confusion;
pero me quedo en la misma
y añadidas otras dos.
Francisco ofendió á su padre
en la pública opinion
de Sevilla... y el secreto
de revelarlo habré yo?
No por cierto. Don Antonio
vilmente burló el honor
de Leonor, que muerta está;
y Clara en fin engañó
á su esposo; tres delitos
públicos y ocultos son.
Luego aunque sepa ya
que no es su hijo, debo yo
dar á públicos delitos
pública satisfaccion,
y á los secretos, secreta.

Tambor.—Suena la ronca marcha del piquete.

Pero ya suena el tambor.—

Así la abandona usted? (*Al Alcaide que sale.*)

ALC. Es por que en si ya volvió.

ESCENA X.

El ASISTENTE y el ALCAIDE.

ASIST. Me importa poder oculto
estar en la confusion
de los que vengan al reo
á sacar.

ALC. Muy bien, señor:
puede Vucencia ponerse
oculto en este rincon...

Ocúltase el Asistente.

ESCENA XI.

El capitán del piquete con tropa: el escribano: hermanos de la Caridad: todos se acercan á la capilla. Luego sale FRANCISCO ESTÉBAN y FR. AMBROSIO á su lado, y la tropa que estaba en la capilla.

ALC. El capitán del piquete!...
el escribano mayor!...
Ya sale el reo!

FR. AMB. Hijo mío!...
Es la clemencia de Dios
inagotable: él desea
la vida del pecador;
que por su vida salvarle
clavado en la cruz murió!
Vida eterna, que es la vida;
que esta no es vida, es dolor!

FRAN. Dejadme, padre, que haga
hincado aquí una oración!

FR. AMB. Hazla, hijo mío, que el cielo
habrá de escuchar tu voz!

FRAN. Al cumplir vuestra sentencia,
señor, por motivos ciertos,
fué con los brazos abiertos
como en señal de clemencia...
Yo acudo á vuestra presencia
con el alma hecha pedazos
de dolor, y vuestros brazos
pidiendo cristianamente...
¿Me negaréis inclemente
vuestros piadosos abrazos?...

Cristo de la Espiración!
Virgen de la Soledad!
vuestros ojos con piedad
poned en este ladrón!
Humilde vuestro perdón
de rodillas solicito,
y con el pecho contrito
como Dimas, que en la cruz
reconoció vuestra luz,

y quedó sin un delito!

No quiero la vida ya,
pues mi Dios ha conseguido
que muera yo arrepentido
de mis delitos quizá.

Pero supuesto que está
fijada asina mi suerte,
te pido en mi trance fuerte
como una gracia, Señor,
que en la horita del dolor
me den una buena muertel...

Madre mia!... di, ¿por qué
de este modo me abandonas?

¿Acaso no me perdonas
las penas que te causé?

¿Y tú, padre, á quien con fe
perdon de mi ofensa pido,
tambien me das al olvido?

Ay Rosa! sola tú fuiste
quien se acordó de este triste
y su dolor ha sentido!....

Ah! padre, rogad por mí!... (A Fr. Amb.)

ayudadme en mi oracion,
que puede una tentacion
borrar lo que conseguí.
Yo la amo con frenesi,
y al acordarme de ella,
y que el cielo me atropella,
es un milagro que no
aqui reniegue ahora yo
de ese cielo y de mi estrella!

FR. AMB. Hijo!

FRAN. Sí, á cumplir mi sino!

FR. AMB. Alza del suelo, levanta,
sigue con humilde planta,
como el Salvador divino
de tu suplicio el camino!

FRAN. Vamos, padre...

FR. AMB. Solo piensa
que al perdonar toda ofensa,
Dios da en su inmensa piedad,
por toda una eternidad
la gloria por recompensa.

Salen: se oye cantar la salve á los presos de la cár-

cel, pero apartados de modo que no impida el curso de la representacion: suena la marcha fúnebre del tambor que se aleja, y de cuando en cuando suenan los campanillazos de la Caridad.

SALVE.

Dios te salve, bella aurora,
Madre de Dios del Carmelo,
Hija del divino Padre,
Madre del divino Verbo.
Oh dulcísima María!
Sacra emperatriz del cielo,
A ti, Señora, rendidos,
Pedimos todos los presos,
Que nos mires con piedad,
Con amor benigno y tierno.
Alivia nuestras prisiones,
Dános, Señora, consuelo,
Que de tu amor esperamos
Que todos por ti logremos
Ser buenos en esta vida
Y alabaros en el cielo.
Digamos Ave María,
Para que tiemble el infierno.

ESCENA XII.

*El ASISTENTE, el ALCAIDE, luego DON ANTONIO, D.^a
CLARA y DON ANSELMO.*

- ASIST. Alcaide, saque ahora aquí
los que están en sus encierros.
ALC. Voy, señor.—Salid afuera,
don Antonio Valdivieso.
ANT. Yo no sé lo que me pasa!
Mi hija...
ALC. No, que queda dentro.
(Cerrando la puerta.)
ANT. Pero, por qué?
ALC. Tal me ordenan.

(Va al calabozo de doña Clara.)

Salid, señora!

CLAR. Qué es esto?

Don Antonio!

ANT. Clara aquí!..

CLAR. Qué dice usted?

ANT. No comprendo
tanta confusion de cosas!

ALC. Afuera tambien, buen viejo! (A Anselmo.)

ANS. Digame usted, por qué causa
preso estoy?

CLAR. Anselmo!

ANT. Anselmo!

ASIST. Váyase usted. (Al Alcaide.)

ALC. Ya me voy,

(Ni una palabra comprendo!)

ANT. Este rumor, esta salve
que cantando están los presos, (Tambores.)
esté tocar de tambores,
de esa campanilla el eco,
¿qué significan? qué son?
¿qué es lo que está sucediendo?

(La voz de un hermano de la Caridad.)

Voz dentro. Hermanos, para hacer bien
por el alma de este preso!

CLAR. Ay!... Lo justician!... Dios mío!
lo justician sin remedio!

(Formando un grupo cerca del banco y se presenta el
Asistente que dice solemnemente:)

ASIST. Sí, la justicia divina
y de la ley el efecto
hago sentir en los cuatro
para ejemplar escarmiento!
Quien al que tuvo por padre
ofendió torpe y perverso,
muera, y véalo morir
quien de padre suyo haciendo,
le educó tan malamente:
véalo tambien para ejemplo
quien deshonoró á una mujer
con la fe del casamiento;
y en fin, tambien la que usa

de engaños y fingimientos
con su esposo. Vedle.

(Corre la cortina, y por el arco se ve la plaza en donde está el cadalso y al verdugo subiendo á él con Francisco y el padre Ambrosio.)

CLAR. Ay!
ANS. Por compasion! Ay, yo muero!
ANT. Dios eminente, mi vida
por la suya!...

(Oyese rumor y el Asistente deja caer la cortina.)

CLAR. Santos cielos!

ASIST. Qué rumor!

Luis dentro. Abrid, abrid!

(Corre precipitadamente don Antonio y abre, entrando don Luis cubierto de polvo y con un pliego en la mano diciendo:)

ANT. El perdon! (Cae en el asiento.)
ANT. El perdon! (Corriendo á la reja.)
CLAR. Dios bueno!

(Abrazando á don Luis.)

ESCENA XIII.

Dichos y DON LUIS.

(Entrega el pliego al Asistente.)

LUIS. Del rey el indulto...

ASIST. Basta.

Que suspendan al momento
la ejecucion...

(Al Alcaide, que entró con don Luis.)

ANT. Corra usted!

LUIS. Rendido estoy!... casi muerto!...

CLAR. Deje que bese sus manos...

ANT. Y yo tambien, buen mancebo!

ROS. Abridme!

LUIS. Su voz es esa!

ROS. *sale.* Mis brazos tomad en premio

(Abrazando á don Luis.)

LUIS. de su hidalgo proceder!
No quiero no ya mas premio!
Anoche cuando ofreci
á usted hacer por el reo
cuanto pudiera, salí
en posta á Madrid, y fui
tan dichoso, que al entrar
en Córdoba, me encontré
con el rey, que á visitar
viene estos reinos: le hablé,
y tal llegué á suplicar,
le pedí con tal vehemencia
que á mis ruegos accedió,
y usando de su clemencia,
por otra pena cambió
la mortal de la sentencia.

ANT. Gracias! gracias! Caballero...
Yo quisiera el soberano
ser del mundo, y todo entero
le diera, como esta mano
de la joya que mas quiero!

(Le da la mano de Rosa.)

ESCENA ÚLTIMA.

Dichos y FRANCISCO ESTÉBAN.

FRAN. Ay madre!
TODOS. Él es! (Lo abrazan.)
ANT. Mira aquí
quien alcanzó tu perdon.
FRAN. Sellado en esta ocasion
lo que usted hace por mí,
me queda en el corazon!—
Padre mío!... madre mía!...

Yendo á don Anselmo y Clara.

ANT. No lo son.
FRAN. No!!
CLAR. No por cierto!
FRAN. Dé la confusion no acierto...

ANT. Ya te explicaré... Tu padre
yo soy.

FRAN. ¡Usted!

ANT. Y te advierto
que tu hermana...

FRAN. Mi alegría! (*Abrazándola*)

ANT. Se casa con el amigo
que te salvó.

FRAN. Yo bendigo
su enlace y ventura mia.
Pongo al cielo por testigo!
Cuando acabe de cumplir
la pena que me han echado,
de esclavo vendré á servir
á ustedes, que me han librado
de en el suplicio morir.
He escarmentado tambien
así en mi propia cabeza.
No mas lance ni guapeza,
que el ser un hombre de bien
es la mas grande proeza.

FIN.